

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SER COMPASIVOS CON LOS ENEMIGOS
EN LA GUERRA**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Experimentos médicos.

Perdonar al enemigo en la guerra.

Anna Schmidt.

Ingleses y alemanes, amigos en la guerra.

Merry Christmas (Feliz Navidad)

Partidos de fútbol.

Oración común en los entierros.

Morir como hermanos.

En el monte Kalamua.

La paz de Manzanares.

El ángel rojo.

Desmond Doss.

Viva Cristo Rey.

Padre Fernando de Huidobro.

Padre José Caballero.

Kim Phuc.

Reflexión.

Dos casos reales.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos manifestar nuestra alabanza y acción de gracias a tantos que en las guerras supieron superar los rencores nacionales y los odios que les habían inculcado sus autoridades contra los adversarios y supieron ser humanos y compasivos en situaciones en que podían haber matado a los enemigos sin temor a represalias.

Por eso, desde estas páginas deseo expresar mi oposición total contra aquellas personas que por ser ateas se creen que pueden matar sin compasión. Ya decía Dostoievski: *Si Dios no existe, todo está permitido*. De alguna manera, esto es lo que ha sucedido y seguirá sucediendo con todos los regímenes ateos que, no solamente oprimen a su pueblo, sino que persiguen sin piedad a todos sus opositores para que puedan gobernar con dictaduras sin contradicción.

Igualmente son de lamentar todas aquellas actitudes de quienes por razón de raza persiguen a muerte a los que no pertenecen a su tribu o nación. O simplemente a aquellos que, convencidos de su ideología, quieren imponerla sin contemplaciones, como dictadores, a los que piensan de distinta manera. También podemos pensar en los que por hablar otra lengua creen que pueden atacar a los que hablan otra diferente. Y, por fin, pienso también en los que por causa de su religión atacan y persiguen y matan a los que son de otra religión, porque creen que tienen la verdad y tienen derecho a matar a los infieles o paganos de otra religión.

En este sentido, podemos observar a los terroristas musulmanes o hindúes o de otras religiones, que se creen dueños de la verdad y creen que el no tener la verdad de su religión les da permiso para matar en nombre de Dios, como si los demás seres humanos no fueran hijos del mismo Padre Dios y, al tener otra religión, fueran realmente adversarios de Dios. Y por ello creen que tienen su permiso para odiarlos, perseguirlos y aniquilarlos.

Recordemos en el Evangelio cómo los judíos creían que ellos tenían la verdad revelada por Dios y creían que eso les daba permiso para rechazar y odiar a todos los que fueran paganos o no judíos. Sin embargo, Jesús, que es Dios, no pide venganza contra los que no creen en él y no quieren ser cristianos. Jesús reprende a sus discípulos porque, al pasar por un pueblo de Samaría, no los reciben y quieren pedir a Dios que mande fuego del cielo y los destruya a todos los de ese pueblo. Jesús más que criticar y odiar a los paganos, como eran los samaritanos, pide comprensión y amor. Jesús también sanaba paganos como a un leproso samaritano, que fue el único que regresó a darle las gracias, mientras que los otros 9 judíos se olvidaron de ser agradecidos. También puso como modelo al buen samaritano, que salvó la vida del judío, caído en manos de los

ladrones, mientras que el sacerdote y él levita judíos lo dejaron tirado por miedo a los bandidos.

También curó a la hija de la mujer sirofenicia y a muchos enfermos que, según la mentalidad judía, estaban enfermos por sus pecados o por los de sus padres. Además, no tuvo problemas en curar hasta a los mismos endemoniados, que podían estarlo por sus propios pecados. En una palabra, Jesús era caritativo y clemente con todos sin excepción, tanto judíos como no judíos. Y esto es precisamente lo que Dios pide de cada uno de nosotros: que seamos clementes y compasivos con los que no piensan como nosotros. Recemos por ellos para que encuentren la verdad de Dios, no impuesta por la fuerza de las armas o bajo la amenaza de muerte, sino por propia voluntad al convencerse de que Jesús es verdadero Dios, que nos redimió muriendo en la cruz por nuestra salvación. Sepamos perdonar a nuestros enemigos como él nos pide. Y no solo perdonar, sino también nos pide orar por ellos y amarlos como hermanos. Él nos dio ejemplo de perdón al perdonar a los que lo habían condenado a muerte en cruz.

Veamos algunos ejemplos de personas, que se comportaron con sus enemigos como hermanos y no quisieron asesinarlos, sino que les perdonaron la vida o supieron aceptarlos como amigos, aunque fueran enemigos en la guerra. Ser humanos es ser compasivos y obedecer a Dios, que quiere que todos nos amemos como hermanos. Dios nos ha dado el mandamiento de *No matar*. Por eso, decir que Dios es vengador y manda matar a los que no creen como ellos, es ofender la bondad de Dios y su amor divino por todos sus hijos sin excepción.

EXPERIMENTOS MÉDICOS

Declaración de 1975 en el tribunal de Múnich

El entonces obispo Kazimierz Majdanski declaró en 1975 ante el tribunal sobre su experiencia en Dachau:

1. *El 11 de noviembre de 1942 fue el día en que se iniciaron los experimentos, cuyo desarrollo fue el siguiente:*

a) *Por la mañana, después del toque de llamada, el grupo de eclesiásticos polacos seleccionados el día anterior fue conducido al Revier (enfermería). Allí, a lo largo de toda la jornada, fueron sometidos a continuos y prolongados exámenes médicos. Completamente desnudos, estuvimos esperando durante horas los resultados de aquellas exploraciones y exámenes. Se trataba, como luego se vio, de elegir a veinte de entre nosotros, excluyendo a quienes, demasiado débiles o enfermos, no parecían aptos para los experimentos. Recuerdo claramente que uno de los prisioneros fue excluido porque estaba enfermo de los pulmones. Y me acuerdo de ello porque yo también presentaba alteraciones pulmonares, sobre las que poseo documentación que puedo presentar al Tribunal.*

Entre los veinte seleccionados había dos eclesiásticos no polacos: el Rev. Zamecnick, checo, y el pastor holandés Tundermann.

b) *Acabado el examen nos condujeron a la sala 3 del primer bloque del Revier. Aquí nos sortearon: me tocó el papel que llevaba el número "18 B". En seguida supimos que aquella fórmula indicaba la pertenencia al grupo de los experimentos "bioquímicos".*

c) *Ya era de noche. Uno tras otro, mis compañeros iban siendo llevados fuera de la sala. Me tocó el turno a mí: me condujeron a la sala de operaciones. Me ordenaron que me tendiese sobre una mesa después de que un individuo, con las insignias de las SS, me pusiera una inyección en el muslo derecho (más tarde me dijeron que contenía tres cm³ de un cierto líquido).*

d) *Tras la inyección, un enfermero me volvió a conducir a la sala 3 del primer bloque. Al llegar allí, oí los gemidos sordos y el delirar de los compañeros a los que habían inyectado antes que a mí. El enfermero me dijo entonces que la inyección era muy peligrosa, que los experimentos serían dolorosísimos y que solamente la voluntad de resistir y la fe podrían salvarme.*

2. *Mis fuerzas eran cada vez menores, y con gran esfuerzo conseguí levantarme del lecho, durante unos pocos minutos, poco después de medianoche.*

Pero por la mañana, cuando al cambiarme de lugar me dejaron un momento sentado, me sentí tan mal, que me volvieron a tender inmediatamente.

3. La enfermedad que me habían inoculado se desarrolló muy rápidamente y pronto apareció en toda la cara interna del muslo inyectado una banda roja que me dolía muchísimo y que reclamó la atención de la comisión médica que nos visitaba a diario. Pero ninguno de los componentes de aquella comisión reaccionó ante aquellos síntomas; simplemente ordenaron que se aguardase hasta el día que había sido fijado para la operación. (El tipo de intervención que se nos practicaba era denominado "Inzision". Mientras tanto, a mí y a mis compañeros nos administraban pastillas. El dolor era muy fuerte.

4. El día señalado tuvo lugar la intervención quirúrgica. Al despertarme de la anestesia, aún en la sala de operaciones, me di cuenta de que mi pierna derecha, la operada, había sido cubierta con abundante algodón y vendada. Durante la primera cura, al día siguiente de la operación, pude darme cuenta de que en la pierna había dos heridas, las incisiones que me habían hecho, con dos tubitos de goma, de los que salía abundante pus. En las curas me quitaban aquellos tubos, los limpiaban y los volvían a colocar. El dolor era tremendo, y enorme la tensión nerviosa.

Al principio, las curas eran realizadas bajo el agua. Después, en la propia sala. Hasta cuando estaba tendido en la cama el dolor era muy intenso y se acentuaba simplemente por el hecho de que alguien pasara junto a mí e hiciera vibrar el pavimento. No había que pensar en moverse e incluso los movimientos de los brazos eran muy limitados. Mi estado era tal que tenía gran dificultad para tomar la acostumbrada comida del campo, a pesar del hambre tremenda.

El enfermero Hermann, al ver mis terribles dolores, me dio calmantes alguna vez.

5. Permanecí en las condiciones descritas hasta principios de enero de 1943. Durante ese tiempo sufrí otras dos operaciones y una de ellas fue particularmente dolorosa. Poco antes de la tercera, y cuando ya estaba colocado en la camilla, recibí el sacramento de la Extremaunción.

En los primeros días de este mes de enero, el enfermero Heini Stöhr, que tenía una buena disposición hacia mí, manifestó preocupación por mi estado de salud tras haber visto, supongo, los resultados de los análisis de sangre que me hacían sistemáticamente. Con ayuda del enfermero Franz me llevó al ambulatorio, y allí dijo que yo corría el riesgo de contraer una infección general. Heini quería salvarme, si bien su intento resultaba sumamente peligroso en cuanto suponía un sabotaje a los experimentos. Me puso una inyección (por lo que sé, era de Tibatin) y volvió a hacerlo en ocasiones sucesivas. El hecho es que experimenté una mejoría bastante rápida, que llenó de asombro a mis compañeros. El intento de salvar mi vida se llevó a cabo en el más absoluto de los secretos y fue posible gracias al hecho de que la comisión dejó de visitar nuestra sección por temor a la epidemia de tifus abdominal que se había declarado en el campo. Dejé la sección en los primeros días de abril de 1943.

6. *En el curso de los experimentos y en el grupo 3 murieron siete de nosotros, sobre un total de veinte. Entre los primeros en fallecer, el Rev. Zamecnick, y un sacerdote polaco cuyo nombre no recuerdo. Sentí muy especialmente el fallecimiento del Padre Józef Kocot, joven profesor del Seminario de los Padres Oblatos. Su lecho estaba contiguo al mío, por lo que fui el testigo más próximo de sus espantosos sufrimientos antes de morir. El pastor Tundermann, por otra parte, fue colocado en una camilla con ruedas delante de mi lecho para que el médico de las SS pudiese comprobar que todo su cuerpo había tomado un color amarillo, como de cera. El médico preguntó a qué grupo pertenecía el enfermo; al responderle que era del grupo "B" no dio la autorización para intervenir al enfermo. Poco después, Tundermann moría. También murió, atormentado por tremendos dolores que le producían las llagas que se habían formado en su espalda a causa de la inmovilidad en la posición decúbito, después de haber sido intervenido varias veces, el padre Czeslaw Sejbuk, un jesuita de Varsovia. Entre los que sufrieron el mayor número de operaciones se encontraba el padre capuchino Stanislaw Wolak.*

Yo mismo, por otra parte —a pesar de ser el más joven entre los prisioneros sometidos a experimentos—, a no ser por una ayuda y asistencia particular no habría podido, por motivos de salud, estar aquí presente.

7. *Durante el año 1945, y siempre en Dachau, contraí el tifus exantemático, con graves consecuencias para mi salud. A pesar de las operaciones que había sufrido, no me prestaron ningún cuidado especial. Cuando Franz Y. me vio convaleciente en el bloque de los enfermos de tifus, no acababa de creerse que yo hubiera sido capaz de superar aquella enfermedad, tras los experimentos a que me habían sometido y que él conocía bien. ¡Él, no creyente, estaba convencido de que Dios me había curado! Y en realidad, así fue. Pero al salir del campo de concentración, a mis 29 años, me sentía incapaz de seguir viviendo.*

8. *Aun cuando este proceso se refiere a una sola persona, H. Schütz, debo recordar a toda la comisión encargada de los experimentos. Al frente de ella estaba, efectivamente, el doctor Schütz, pero es aquí, en esta sala, donde por primera vez lo veo sin compañía alguna.*

9. *Para Schütz, como para todos los componentes de su séquito, no éramos personas enfermas, necesitadas de cuidados médicos y de las asistencias más elementales, sino, simplemente, cobayas. En el período de mayores dificultades fuimos privados incluso de la alimentación especial que el campo asignaba a veces a los enfermos. Tampoco estábamos dispensados de responder rigurosamente al jalto! Cuando los agentes de las SS entraban en la sección. No recuerdo haber visto jamás en Schütz algún gesto de humana simpatía ante nuestra lamentable situación. Solamente se interesaba por la marcha de los experimentos, mientras el secretario anotaba todas y cada una de sus palabras.*

10. *Algo que siempre estábamos esperando era la llegada de una segunda comisión, la cual, al término de las experiencias, nos habría enviado a las*

cámaras de gas. Hubo un día en que incluso Schütz esperaba la visita de esta comisión, pero, afortunadamente, sólo se trató de una falsa alarma.

11. Tras la liberación, alguien me llevó la cartilla que debía contener la documentación relativa a mi permanencia en el Lager y que se guardaba en las oficinas del campo. Pero, salvo la primera página, que contenía los datos personales registrados en Sachsenhausen, todo lo demás había sido destruido. Conservo aquella página, que está a disposición del Tribunal.

12. Por otra parte, y también después de la liberación, me dieron a conocer restos del registro de los experimentos a que habíamos sido sometidos. Allí se decía que tales experimentos no tenían sentido alguno, incluso desde el punto de vista médico.

Por qué declaro en este proceso:

1. Excluyo cualquier motivo de odio o de venganza. Tampoco hace falta que diga que este proceso significa para mí una prueba singularmente difícil; en cierto sentido es como una prolongación de los días vividos en la sección de experimentos. He perdonado a todos y he manifestado este perdón en mi testamento.

Soy defensor ferviente de la paz y la reconciliación, de lo que he dado pruebas en numerosas ocasiones, tanto en mi vida privada como en la pública, así como en cuanto miembro del Episcopado polaco que durante el último Concilio dirigió al Episcopado alemán un mensaje de reconciliación.

2. Siento el deber de declarar aquí por consideración a los muertos. En el dolorísimo censo de los deportados polacos, los sacerdotes formaban en Dachau un grupo particularmente numeroso, sujeto, por otra parte, a persecuciones extremadamente crueles. De ello constituye una prueba, entre otras, la sección de experimentos médicos en aquel campo. Como ha puesto de manifiesto el doctor Teodor Musiol, a los experimentos sobre la malaria fueron especialmente destinados los sacerdotes polacos. Por lo que se refiere al experimento sobre los flemones, se dice allí que los judíos eran asignados al primer grupo; al segundo, los delincuentes comunes, en tanto que en el nuestro, el grupo tercero, dieciocho de sus veinte componentes eran eclesiásticos (17 sacerdotes y 1 seminarista); el cuarto grupo, en fin, estaba formado en su totalidad por sacerdotes polacos.

Estos experimentos de los cuales estoy dando testimonio eran sólo parte de una realidad más amplia, que puede ser sintetizada, cualitativamente, así: de 2.720 eclesiásticos de veinte nacionalidades que había en Dachau, 1.777 eran sacerdotes polacos; la mitad de los cuales murieron en el campo; de los sacerdotes de otras nacionalidades fallecieron casi un 18 %. De mi diócesis había en Dachau 223 sacerdotes, 148 de los cuales murieron allí: entre ellos se encontraban mis educadores y profesores, así como el obispo que me precedió en la diócesis, el beato mártir Michał Kozal, quien falleció durante el período en

que estuvimos sometidos a experimentos, en aquella misma enfermería, tras haber recibido una inyección mortal el 26 de enero de 1943.

En la actualidad vive aún en mi diócesis un pequeño grupo de ex cautivos: en otras diócesis y en las Órdenes religiosas han sido muy escasos los supervivientes. Estamos aún con vida quizá para recordar a los que ya no están aquí; hoy rindo este testimonio a quienes murieron en la sección de experimentos de Dachau y que, como yo, pertenecían al tercer grupo ¹.

Al terminar de dar su testimonio en 1975 en el tribunal de Múnich, tendió su mano en señal de perdón a su torturador en los experimentos médicos de Dachau, al doctor Schutz. Este se la estrechó con tal fuerza que no me la quería soltar de emoción. Estaba arrepentido de sus actos y emocionado por haber sido públicamente perdonado por el obispo Kazimierz.

PERDONAR AL ENEMIGO EN LA GUERRA

He aquí una historia verdadera de la segunda guerra mundial. Una historia de humanidad y clemencia de un aviador alemán con tripulantes norteamericanos de un bombardero que acababa de causar una gran destrucción en una ciudad de Alemania.

En 1939 Franz tenía 24 años y pensaba muy distinto que los nazis del Partido de Hitler. El partido nazi había convertido Alemania en un campo de concentración. No había elecciones, ni libertad de movimiento. Ni libertad para elegir si querías servir en el ejército. Ni libertad para cambiar las cosas. Eran días en los que tener una carta prohibida por la ley podía suponerle a alguien una pena en un campo de concentración. Lo mejor que se podía hacer era estar fuera de la línea de fuego, de modo que ni él ni su hermano August acabasen en Dachau.

Tras su boda, su hermano August, ingresó en la escuela de vuelo de bimotores, la senda para convertirse en piloto de bombarderos. Franz regresó a su tarea de instrucción de los aviadores novatos, que comenzaban su camino.

En 1939 Alemania declaró la guerra a Polonia. Hitler hizo creer a la gente que los polacos habían atacado una estación de radio alemana en la frontera con el objeto de emitir calumnias contra los alemanes. También creyeron a Hitler cuando la invasión de Checoslovaquia y la anexión de Austria. En realidad ni los austríacos ni los checos habían tenido elección. Alemania se había rearmado desde el punto de vista militar y parecía imparable. Las tropas supuestamente

¹ Kazimierz Majdanski, *Un obispo en los campos de exterminio*, Ed. Rialp, Madrid, 1991, pp. 130-135.

polacas, que habían irrumpido en la estación de radio alemana, eran en realidad comandos alemanes, ataviados con uniformes polacos. Hitler le había mentado a su propio pueblo para conquistar Polonia en una guerra expansionista. Pero Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania y las cosas se hicieron más complicadas.

En 1940 Franz trabajaba formando a sus alumnos aviadores para la guerra. Las tropas alemanas ocupaban Europa desde Polonia hasta Francia y habían derrotado a los ingleses, que tuvieron que refugiarse en su isla. Pero antes que la fuerza aérea alemana alcanzase el éxito, un grave error les cambió el foco. Un bombardero alemán había errado por equivocación su blanco, un depósito de petróleo al este de Londres durante una incursión nocturna y había bombardeado varias casas del barrio de East End de la capital. Hitler había dado órdenes de que no se bombardeasen las ciudades británicas. Sin embargo, otra semana más tarde otro bombardero volvió a descargar sus bombas sobre casas civiles. La respuesta de los ingleses fue enviar bombarderos a atacar Berlín, una misión que también erró sus objetivos militares y bombardeó a los civiles de la ciudad. En un discurso, Hitler advirtió a los británicos que detuviesen sus ataques sobre ciudades alemanas, pero era ya demasiado tarde. Ambos contendientes se habían pasado de la raya. Las ciudades y los civiles pronto se convirtieron en objetivos legítimos.

Franz Stigler era católico y toda su familia era opuesta a Hitler. Ese año 1940 el padre Josef de la parroquia, que durante la primera guerra mundial había sido aviador, comunicó a su familia que August, el hermano de Franz, había muerto en una incursión nocturna con su avión y con él habían fallecido todos los de su tripulación.

En 1942 Franz fue enviado a Libia como aviador militar, llevando ya más de 4.000 horas de vuelo. Su avión era un Messerschmitt Bf 109, un nuevo modelo, el más rápido hasta la fecha. Su base de operaciones en Libia era el aeródromo de Martuba. Cuando regresó a su casa en Alemania, hablando con su padre y el padre Josef, pensaron en 1942 al atacar Hitler a la Unión Soviética que la guerra ya había sido decidida contra Alemania desde junio de 1941. Hitler le había dicho a su pueblo que los rusos estaban a punto de atacarlos, pero la verdad poco importaba. Los hombres mayores ya habían perdido la guerra en 1918 (la primera guerra mundial).

El 20 de diciembre de 1943 un bombardero B-17 de la fuerza aérea norteamericana había bombardeado la ciudad de Bremen y, al regresar a su base en Inglaterra, el bombardero estaba seriamente dañado. Era un cuatrimotor. El motor número tres se había quedado a media potencia. Un motor estaba apagado y otro funcionaba de modo irregular. Charlie Brown, el piloto del bombardero,

sabía que estaban al borde del desastre. De las 11 ametralladoras del bombardero, solo tres funcionaban, una en el morro y las otras dos en la torreta superior.

También tenían la radio y el interfono averiados y sabían que solo podrían defenderse de aviones que pudieran ver. El sistema hidráulico presentaba fugas en las alas. Había orificios de balas suficientemente grandes en el fuselaje como para poder salirse por ellos; y el morro estaba abierto a la intemperie. Además de eso, el estabilizador izquierdo del bombardero lo habían volado, no estaba. En el interior del morro, congelado al estar a mucha altura, Doc continuaba disparando, pero se le acabó la munición, otra ametralladora se encasquilló. Solo quedaba una ametralladora operativa. Para complicar las cosas, la máscara de oxígeno del piloto Charlie cesó de suministrarle oxígeno. El bombardero *The Pub* iba descendiendo hacia tierra.

Franz por su parte pilotaba su Bf 109 y había visto como los bombarderos aliados destruían pueblo tras pueblo y ciudad tras ciudad de Alemania. Él sentía el deber de luchar contra esos enemigos de su país y detener la destrucción que ocasionaban. Franz sabía que tenía una bala incrustada en el radiador y que el motor podría sobrecalentarse en cualquier momento, pero no le importó, se lanzó hacia el bombardero aliado.

Franz vio a unos 100 metros que el ametrallador de cola estaba muerto. Fragmentos de metralla habían arrasado el compartimento. Faltaba el plexiglás. Franz se puso detrás de la cola del avión enemigo a la velocidad del bombardero. Estaba a punto de disparar para destruir el avión y matar a su tripulación, cuando levantó el dedo del gatillo. Nunca había visto un avión tan hecho pedazos como ese y, sin embargos, seguía volando, aunque con dificultades, y no se sabía hasta cuándo. En un instante se colocó junto al lateral derecho del bombardero, paralelo al fuselaje. Vio que no había ametralladora en la ventana lateral. Vio que la torreta superior estaba vacía y que el lugar de la radio había quedado destrozado. Vio a los miembros de la tripulación acurrucados unos sobre otros (estaban heridos y echados en la plataforma del avión). Pudo ver los daños en el morro. El bombardero volaba como si estuviese sujeto por una cuerda invisible.

Franz Stigler, que había ido a África a vengarse de la muerte de su hermano y estuvo dispuesto a destruir aviones enemigos, en ese momento sintió como si alguien le hablara en su interior o le recordara que había que celebrar victorias sobre aviones, pero no sobre muertes de sus tripulantes. Miró a los hombres del bombardero. Varios estaban heridos. Uno al menos estaba muerto, el piloto Charlie luchaba con los mandos. Franz se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y sintió las cuentas de su rosario.

Aunque no iba normalmente a la iglesia, siempre llevaba un rosario como señal de su amor a la Virgen y, cuando tenía momentos difíciles o peligrosos, se agarraba al rosario como pidiendo ayuda al cielo. Por eso, decidió no disparar, pensando que si destruía el avión y mataba a sus ocupantes, lo tendría sobre su conciencia el resto de su vida.

De pronto, vio la costa a pocos kilómetros. Sabía que en ese momento sonaban allí las alarmas y los soldados alemanes preparaban sus cañones antiaéreos. Y decidió ayudar al bombardero. Observó que no había copiloto y vio al piloto Charlie con sus manos aferradas a los mandos. Franz lo saludó tratando de llamar su atención. Permaneció junto al ala del bombardero. Quería gritarle al piloto y decirle que se le acababa el tiempo, porque el avión podía destrozarse en cualquier momento y caer al mar con una muerte segura para todos los tripulantes. Franz seguía haciendo gestos al piloto norteamericano, pero este no se daba por aludido y seguía su camino hacia Inglaterra.

Primero, con su mano izquierda, Franz había señalado hacia abajo, hacia tierra, indicando al piloto que aterrizase en Alemania, antes de que el avión cayese por su cuenta y todos murieran. Sabía que era preferible ser prisionero de guerra que perder la vida por una explosión. Franz estaba preocupado, porque sabía que, si aparecía otro caza alemán, podía denunciarlo por no haber destruido ese avión enemigo. Por otra parte, pensó que al llegar a la costa del mar, los soldados alemanes con artillería antiaérea, podían destruir el avión. Por eso él se arriesgó y se puso delante para que lo vieran y no dispararan a un avión amigo, que era él. Los soldados ciertamente vieron a los dos aviones uno junto al otro. Los veían bien con sus prismáticos y los dejaron libres.

Por fin, Franz decidió dejarlos solos en su camino a Inglaterra, ya que no habían entendido su último mensaje para que fueran a un aeródromo de Suecia, a media hora, y no a Inglaterra, que estaba a dos horas, y el avión podía caer en el mar sin posibilidad de sobrevivir en las gélidas aguas de diciembre del mar del Norte. Habían volado juntos unos diez minutos. Franz había arriesgado su vida, porque si era denunciado por alguien que había visto que no había destruido al bombardero enemigo, hubiera sido llevado a una corte marcial por traidor a la patria y hubiera sido fusilado sin remisión.

Charlie y su tripulación se vieron en dificultades y decidieron arrojar al mar todo lo no necesario.

Por las ventanas laterales arrojaron las ametralladoras, los chalecos antimetralla y las botellas de oxígeno. Cintas de balas cayeron al vacío. Los hombres se pusieron de rodillas y recogieron los casquillos de latón en el interior de los cascos que, a continuación, arrojaron al mar. Pechouk sorprendió

a los demás cuando apareció en la sección central con el ojo vendado y su amada radio en los brazos. Alzó la caja negra y la lanzó al exterior. Frenchy sugirió sacar las armas de Ecky, pero Blackie le advirtió que no fuese allá adentro.

Frenchy regresó a la cabina y le dijo a Charlie que había terminado. “Todo lo que podemos hacer ahora es rezar”, dijo el piloto. Frenchy colocó sus brazos sobre el respaldo de los asientos de Charlie y Pinky, temía estar solo. Aunque maltrecho más allá de los umbrales de resistencia de la mayoría de los aviones, el “The Pub” continuó aferrado al cielo tormentoso a través de las nubes dispersas y cargadas de lluvia.

A medio camino de casa, con el mar extendiéndose todavía hacia el horizonte, la aguja del altímetro comenzó a girar lentamente en sentido contrario a las agujas del reloj, haciendo que el bombardero se deslizase por debajo de los trescientos metros de altitud. Blackie apareció en la cabina, sonriendo como siempre solía. Charlie le preguntó que tal tenía los pies, y Blackie le respondió que no sentía nada por debajo de las rodillas. Charlie preguntó si Ruso estaba estable. “La morfina lo tiene adormilado”, dijo Blackie. Entonces dejó de hablar cuando se percató del altímetro. Miró frenéticamente por ambas ventanas para ver la altitud por sí mismo. “Pues sí, estamos descendiendo”, dijo Charlie. Blackie sugirió que se iba atrás a ponerse la morfina él mismo.

Treinta minutos más tarde el bombardero bajó de los ciento cincuenta metros. Ya habían dejado atrás tres cuartas partes del trayecto a casa, pero el océano todavía cubría el horizonte. Pinky temblaba y sus brazos sacudían la columna de control. Cada vez que Charlie sentía que el “The Pub” se estremecía y descendía un metro tocaba la Biblia de su bolsillo como si fuese el botón transmisor de un micrófono con la esperanza de que se elevase con sus oraciones más rápido.

Poco tiempo después los sobrepasaron dos destellos verdes que hallaron por el lado de la ventanilla de Charlie con un rugido desde la parte trasera del bombardero. Perplejo, Charlie agachó la cabeza entre los hombros. “¡Cazas!”, gritó alarmado, poniéndose en lo peor. Pinky se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos para echar un vistazo. Frenchy se giró para correr hacia su torreta, luego se detuvo cuando recordó que se había deshecho de las ametralladoras. Regresó a los respaldos de los pilotos y se agachó detrás de ellos.

Los cazas mantuvieron su curso, apresurándose a ponerse por delante del bombardero. Charlie no tenía manera de saber de qué bando eran porque sus

marcas de identificación estaban ocultas desde atrás. Entonces Charlie vio cómo los cazas pasaban por delante del bombardero, revelando en sus laterales y alas de color verde oliva grandes estrellas blancas insertas en círculos azules de las Fuerzas Aéreas del Ejército norteamericano.

“¡Amiguitos!”, gritó Frenchy en la oreja de Charlie. Éste se giró perturbado hasta que vio una amplia sonrisa en el severo rostro de Frenchy y sus ojos profundos vivos como los de un chiquillo. Charlie pensó que Frenchy estaba todavía sordo del fuego que había efectuado con sus propias ametralladoras.

Los cazas eran P-47 Thunderbolt de la Octava Fuerza Aérea. Volaron en círculos y desaparecieron de la vista de Charlie. La siguiente vez que los vio se habían puesto sobre su ala izquierda, donde volaban en formación con él.

Los aviones tenían unos lomos pronunciados que iban desde la cabina hasta la cola y que le daban otro apodo, el de “Jabalíes”. Los morros blancos estaban sucios del aceite que chorreaba por sus panzas grises y salpicaba las letras blancas de su unidad en los laterales. El metal plateado sobresalía por algunos puntos erosionados del fuselaje verde oliva. Charlie no había visto nunca unas máquinas tan bonitas. A través de la carlinga, Charlie vio sonreír al piloto que tenía más cerca. Llevaba las gafas sobre la frente y la máscara de oxígeno le colgaba por debajo de la barbilla. Saludó con aplomo. Con miedo a soltar la columna de control, Charlie quitó la mano, dedo a dedo, y saludó rápidamente, forzando una tímida sonrisa. Luego agarró de nuevo la palanca tan rápido como pudo. Pinky saludó también con las dos manos ².

Por fin el bombardero B-17 pudo llegar a Inglaterra. Aterrizó cuando solo funcionaba un motor y medio. En la base aérea norteamericana de Seething, salieron a recibirlos como a héroes. Alertados por las llamadas de radio de los cazas P-47, que los habían detectado antes de llegar, se prepararon los camiones de bomberos de la base y las ambulancias. Charlie llevaba una Biblia y, al aterrizar, en un momento tan peligroso, con el avión casi destrozado, iba tocando su Biblia como pidiendo la ayuda de Dios en ese trance. Todo salió bien y todos pudieron celebrar su llegada, a pesar de un muerto y varios heridos.

Franz, después de alejarse del bombardero, en unos 20 minutos aterrizó en el aeropuerto de Bremen para que le cambiasen el radiador y le hicieran revisión a su avión. Una de sus preocupaciones fue qué había sido de los tripulantes de otro B-17 que había derribado anteriormente y quería localizar a sus tripulantes para asegurarles su protección antes de que sus compatriotas pudiesen llegar a

² Markos Adam, *Más allá del deber*, Ed. Salamina, 2018, pp. 218-219.

ellos. El autor del libro refiere que habló con tripulantes de bombarderos norteamericanos hechos prisioneros después de ser derribados, y casi todos admitieron que, si eran prisioneros de pilotos alemanes, les salvaban la vida; pero si caían en manos de soldados, sobre todo de las SS o de soldados del partido nazi, casi seguro que habrían sido asesinados. Y como prueba, el autor manifiesta que en cierto lugar había 160 pilotos aliados internados como prisioneros de guerra. Habían sido capturados cuando se ocultaban con la resistencia francesa o mientras trataban de escapar. En lugar de tratarlos como prisioneros de guerra, la Gestapo y las SS los calificaban como *aviadores del terror*, equivalente a espías y los habían enviado al campo de Buchenwald en lugar de a un campamento de prisioneros gestionado por la fuerza aérea. El prisionero norteamericano que dio estos datos dijo que varios de sus hombres habían muerto de neumonía y sospechaban que las SS planeaban matarlos. Por eso se movieron algunos aviadores alemanes para que los sacaran del campo de Buchenwald y los llevaran a otro lugar. Lo que consiguieron, cuando ya tenían programada su muerte en unos siete días más ³.

Cuando el bombardero de Charlie fue revisado, el mecánico descubrió que un proyectil de 20 mm había volado la parte superior del depósito de combustible pero no había logrado prenderle fuego. Solo quedaba la mitad del timón y vio que todos los cables de control del timón, salvo uno, habían sido cortados. Con todo esto, estaban seguros de que una mano invisible los había guiado sanos y salvos hasta la seguridad del aeródromo.

El 11 de abril de 1944 Charlie y su tripulación original, completaron su vigésimo octavo y última misión de vuelo. Cuando celebraron su supervivencia, él se preguntó en lo más profundo de su corazón por el piloto alemán que los había escoltado fuera del infierno. ¿Quién era y por qué los dejó ir? Charlie miró al horizonte hacia el este y deseó para sus adentros que su enemigo hubiese sobrevivido a la guerra ⁴.

Por la parte de Franz, desde aquel 20 de diciembre de 1943, no había querido derribar ningún otro avión. Había derribado ya 37 aviones y llevado a cabo 487 misiones. No le importaban más las victorias. Su misión consistía en que sus muchachos volvieran a casa. En los últimos siete meses Franz había tenido que saltar en cuatro ocasiones y en otras cuatro había aterrizado de panza. En todas esas arriesgadas ocasiones siempre tenía su rosario en la mano. Uno de los días, un proyectil había golpeado su cabeza y una bala de cobre de una pulgada con la punta machacada y cubierta de sangre había golpeado su cabeza. El doctor que lo atendió le dio un documento en el que atestiguaba que no debía

³ Ib. p. 322.

⁴ Ib. p. 251.

ser tenido por responsable de sus acciones, lo hizo para que pudiera salvarse de alguna situación de denuncia, aludiendo falsamente a un supuesto daño cerebral, aunque no le afectó en nada para su futuro.

En 1945 Franz volaba un Messerschmitt Bf 109 con un motor Daimler Benz 1500. Mientras otros hombres marchaban a la guerra a pie, él volaba a 645 kilómetros por hora. Franz había dirigido tres escuadrones de pilotos, unos cuarenta hombres, contra las formaciones de miles de bombarderos norteamericanos que se extendían a lo largo de cientos de kilómetros. En tres años, Franz había entrado en combate en 487 ocasiones y había sido herido en dos, había sufrido quemaduras en una y, de algún modo, siempre había vuelto a casa. Pero ahora en 1946 había cambiado su mono de vuelo de piel negra, su pañuelo de seda y su gorra gris de oficial por las sucias y holgadas ropas de un obrero. Solo conservaba sus botas de piloto, era el único calzado que poseía.

Mientras se apresuraba por la calle, Franz vio a hombres y mujeres que se arremolinaban alrededor del tablón de anuncios de la ciudad para leer sus notas sujetas con chinchetas para que no se las llevase el viento. No había servicio postal ni líneas telefónicas, así que la gente se acercaba al tablón a buscar noticias de familiares desaparecidos. Unos siete millones de personas se hallaban entonces sin hogar en Alemania. Franz vio a un grupo de mujeres que estaban de pie detrás del montacargas de un camión del ejército norteamericano. Desde el suelo del remolque cubierto del camión, soldados norteamericanos que mascaban chicle arrojaban macutos de ropa sucia a las mujeres. Las mujeres soltaban una risilla y se iban, cada una con dos macutos. Se dirigían al viejo parque al norte de la población, donde un ramal del río Danubio circunvalaba la ciudad. Allí, las mujeres se arrodillaban en la orilla y frotaban la ropa sucia de los soldados en el agua helada. Era un trabajo gélido que los norteamericanos pagaban bien.

Cada edificio de esa manzana tenía una larga fila de hombres que hacían cola en la puerta. Todos buscaban trabajo. Algunos soplaban entre las manos. Otros movían la cintura adelante y atrás para mantenerse calientes. La mayoría eran veteranos y vestían las mismas guerreras y abrigos largos grises que habían llevado en la guerra. Las costuras de los parches que se habían arrancado eran todavía visibles. Como Franz, competían por las migajas de una economía desolada ⁵.

Buscando trabajo, Franz fue a Canadá para trabajar en la industria maderera. La madre de Franz fue a visitarlo y le pidió que fuese con ella a la

⁵ Markos Adam, o.c., p. 21.

iglesia y se confesase. Lo hizo y le confesó al sacerdote que no había ido a la iglesia en 20 años. El sacerdote se rió y le dio la bienvenida.

Por su parte Charlie se había casado con una viuda de un aviador. Se casaron en 1949. En 1965 se retiró, siendo teniente coronel. Al retirarse, fue a vivir a Florida y en sus ratos libres se preguntaba sobre aquel piloto alemán que les había salvado la vida y empezó a buscarlo, si es que estaba vivo. En 1990 Franz logró localizar a Charlie y le escribió la carta siguiente;

18 de enero de 1990

Querido Charles,

Todos estos años me he preguntado qué sucedió con el B-17, ¿lo consiguió o no? Como soy un invitado de la Asociación de Ases de la Caza norteamericana, pregunté una y otra vez, pero sin ningún resultado. Asistí invitado al 50.º Aniversario del B-17, y tampoco encontré allí ninguna respuesta sobre si mereció la pena arriesgarme a un consejo de guerra. Me alegro de que lo consiguieses, y de que valiese la pena.

Iré a Florida en algún momento del mes de junio como invitado de la Asociación de Ases de la Caza norteamericana y seguro que sería estupendo poder hablar sobre nuestro encuentro. Por cierto, después de aterrizar en el aeropuerto de Bremen, cogí prestada una Fieseler Storch del comandante del aeropuerto para volar hasta un B-17 que había derribado. El campo en el que aterricé no era el más apropiado y acabé clavando el morro. Solo quería asegurarme de que la tripulación era tratada correctamente. El aterrizaje no me hizo mucha gracia, lo conté en el comedor de oficiales, ya que me vi obligado a pasar la noche para que cambiasen uno de mis radiadores, que tenía incrustada una bala del calibre 50.

*Atentamente,
[firmado] Franz
Franz Stigler*

Charlie Brown llamó por teléfono. La conversación fue extraña y torpe al principio. Charlie le hizo una serie de preguntas para averiguar si era realmente el hombre al que estaba buscando. Franz describió los daños de combate del bombardero. Mencionó que le faltaba un estabilizador. Dijo que el timón se le había desprendido casi por completo. Le dijo a Charlie que el puesto del ametrallador de cola estaba destruido. El corazón de Charlie dio un vuelco. Él no había mencionado lo del estabilizador, ni lo del timón ni el estado de la posición del artillero de cola en su carta, pero Franz lo sabía todo. Entonces

Franz le dijo a Charlie, “cuando os dejé ir sobre el mar, pensé que nunca lo conseguiríais”.

“¡Dios mío, eres tú”, dijo Charlie. Las lágrimas le corrieron por las mejillas y el auricular del teléfono, Charlie nunca había mencionado, a propósito, que hubiese volado sobre el mar. Era su prueba secreta. Todo lo que Charlie había mencionado era que el encuentro tuvo lugar sobre tierra. Y sin embargo, Franz sabía que habían volado juntos y sobre el mar⁶.

Charlie le escribió esta carta:

Recibir tu carta fue una de las emociones más grandes de mi vida. Tenía que asegurarme y obtuve tu número de teléfono del operador de Vancouver. Mi conversación contigo disipó cualquier duda, cuando mencionaste que ibas junto a nosotros sobre el agua. Eso no se ha anunciado en ninguna de las cartas de búsqueda del piloto del Bf 109.

Tengo la indudable sensación de que un poder superior al de nuestros respectivos gobiernos, cuidaba de la mayoría de nosotros el 20 de diciembre de 1943. Decirte GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS en nombre de los miembros supervivientes de mi tripulación y de sus familias parece totalmente insuficiente.

Pese a que todavía teníamos una ametralladora operativa en la torreta superior no cabe duda de que estábamos fuera de combate. No solo te estoy agradecido de que no provocases nuestra desaparición..., sino que también te estoy agradecido de que no sacases una Walter P-3 8 (pistola), o un tirachinas y acabases con nosotros mientras volabas en formación cerrada junto a nuestra ala derecha.

Estoy seguro de que tu habilidad y audacia hicieron de ti un piloto de combate extremadamente exitoso; no obstante, de haber exhibido en repetidas ocasiones ese tipo de caballerosidad, camaradería y audacia, tus probabilidades de sobrevivir a la contienda no hubiesen sido demasiado grandes. Me uno a ti en el mayor agradecimiento de que no fuese enviado a un consejo de guerra por tu caballerosidad el 20 de diciembre de 1943.

*Con mis mejores deseos.
(firmado) Charlie.
Charles Brown.*

⁶ Ib. pp. 264-265.

Ciertamente sus encuentros estaban llenos de emoción y lloraban al saber que estaban vivos después de 47 años. Charlie decía: *Franz fue demasiado caballero para destruirnos*. Charlie le preguntó un día a otros dos miembros de su tripulación. Le dijo a Franz:

Hay dos caballeros a los que les gustaría conocerte, dijo Charlie, tratando de evitar una sonrisa. El primer veterano que llegó hasta Franz era el viejo ametrallador de torreta central del bombardero de Charlie, Sam Blackie Blackford, cuyo amplio bigote se había vuelto gris y cuya cabeza estaba calva, pero con pelo cano sobre las orejas, Blackie comenzó a llorar cuando estrecho vigorosamente la mano de Franz, sin soltarla. El otro veterano era el operador de radio de Charlie, Dick Pechout, cuyo pelo se había vuelto blanco y cuyos ojos seguían mansos detrás de unas gafas con montura de carey. Charlie pasó sus brazos sobre los hombros de Franz y Blackie, abrazándolos. Blackie se derrumbó. Entre sollozos, agradeció a Franz que salvase su vida y le dijo que, debido a que Franz no había apretado el gatillo sobre él, sus hijos y nietos tenían la oportunidad de experimentar la vida. Pechout pasó sus brazos en silencio alrededor de Franz y de los otros, quedando los cuatro abrazados juntos.

Las lágrimas de Blackie hicieron sollozar a Franz, y los sollozos de éste llorar a Charlie. Las familias de los veteranos mantuvieron al principio la distancia. Luego, cuando ya no pudieron aguantar más, se acercaron a los veteranos sollozantes, que eran sus maridos, o padres o abuelos o amigos.

Desde arriba debió de parecer divertido, el círculo de gente que se arremolinaba alrededor de un pequeño hombre en el centro, abrazándolo y abrazándose entre sí entre sollozos, lágrimas y risas. Pero aquel día todo el mundo le decía algo a Franz Stigler, el hombre del centro. Gracias a él, 25 maridos, esposas e hijos —los descendientes de Charlie, Blackie y Pechout— tuvieron la oportunidad de vivir, y eso sin mencionar a los hijos y nietos de los otros miembros de la tripulación de Charlie.

Pero Franz pensó que era él el que había recibido el mejor regalo. Cuando le regaló a Charlie un libro sobre el Escuadrón de Expertos, en el interior escribió una dedicatoria, palabras templadas que no se suponían dirigidas al mundo. Cuando Charlie lo leyó podía oír la voz de Franz.

“En 1940 perdí a mi único hermano como piloto de caza nocturno.

El 20 de diciembre, cuatro días antes de Navidad, tuve la oportunidad de salvar a un B-17 de la destrucción, un avión tan gravemente dañado que era de maravillar que todavía siguiese volando.

El piloto, Charlie Brown, es para mi tanpreciado como lo fue mi hermano”.

*Gracia Charlie.
Tu hermano Franz.*

Pero no todo fue un camino de rosas. Cuando la noticia del piloto alemán, que había salvado la vida de la tripulación del B-17, se hizo público, algunos llamaron a Franz para decirle: *Vete a tu país, nazi bastardo, y otras cosas así.* Pero él le aclaraba a su esposa Hiya que lo que hizo nunca lo entendería mucha gente.

De todo modos su gesto de humanidad, aunque muchos no lo comprendieran, quedó para siempre impreso en el corazón de los protagonistas y, sobre todo, en el corazón de Dios.

ANNA SCHMIDT

Anne Schmidt fue capturada en su patria, Checoslovaquia, en la segunda guerra mundial, mientras atendía a soldados heridos. Y dice: *Cada día los guardias nos daban una tajada de pan. Los cocineros añadían aserrín a la harina y, por ello, muchos prisioneros enfermaron al comer esto. Cuando el pan estaba fresco, era suave; pero pasadas unas horas se ponía muy duro y lo usábamos para fabricar las bolitas del rosario.*

Había un guardián que era particularmente cruel. Si no mataba a dos personas por semana no estaba satisfecho. A mí me golpeó varias veces. Oré para tener la gracia de perdonarlo, pues sabía que, si no lo perdonaba, el odio me envenenaría el alma.

La última vez que me pegó pensé que me iba a matar. Pero, después de desmayarme, el guardián me cargó hasta las barracas. Me visitaba todos los días y me traía leche de cabra que los otros prisioneros me daban por cucharadas. Estuve en coma varios días. Cuando recobré el conocimiento, vi al guardián sentado sobre unas pajas a mi lado. Él me preguntó:

- *¿Quién es tu novio? ¿Tu novio es Jesús? Quiero oír hablar de Él.*

Me di cuenta de que Dios había ablandado su corazón y empecé a llorar. Él venía diariamente a escucharme acerca de Jesús. Un día me preguntó:

- *¿Crees que tu Dios podría amarme? ¿Crees que podría perdonarme todo lo que he hecho?*
- *Sí, sí, porque has recibido la gracia de pedirlo.*

Una noche en 1946, el guardián me despertó a media noche. Me dio una ficha y me señaló un camión que estaba afuera y me dijo: “Vete. No digas nada; sólo vete”.

Después supe que estaba en el primer camión de prisioneros liberados después de la guerra. Se suponía que otra mujer se iba esa noche, pero el Señor la llamó. Y el guardián arriesgó su vida para darme su ficha. Nunca lo volví a ver⁷.

No olvidemos que las cosas no son todas blancas o negras, ni que los hombres son todos buenos o malos y Dios nos dice por medio de S. Pablo: *No devolváis mal por mal, procurad el bien a todos los hombres. No os toméis la justicia por vuestra cuenta. Bendecid y no maldigáis* (Rom 12, 14-19).

El famoso psiquiatra vienés Víctor Frankl nos dice sobre su experiencia en un campo de concentración: *Un capataz me dio en secreto un trozo de pan que debió haber guardado de su propio desayuno. Pero me dio algo más, algo humano que hizo que se me saltaran las lágrimas. Fue la palabra, la mirada con que aquel hombre acompañó el regalo⁸.*

INGLESES Y ALEMANES, AMIGOS EN LA GUERRA

El 28 de junio de 1914 en Sarajevo un atentado terrorista mató al heredero al trono de Austria, Francisco Fernando, y a su joven esposa Sofía. Este doble homicidio tuvo consecuencias gravísimas, sobre todo al comprobarse que el gobierno serbio, o al menos sus servicios secretos, estaban involucrados en el atentado. Los promotores de la guerra encontraron así un buen motivo para comenzarla. Se llamó la gran guerra, y más tarde primera guerra mundial. El gobierno alemán apoyó al gobierno de Austria-Hungría y declaró la guerra a Serbia a la que se unió su poderoso aliado Rusia. Alemania declaró la guerra también a Rusia y a Francia. El gobierno alemán exigió a Bélgica el libre paso con apenas 12 horas con un ultimátum, lo que el gobierno belga rechazó. Entonces los alemanes invadieron Bélgica y gran parte del norte de Francia, lo que dio pie a Inglaterra para entrar también en el conflicto contra Alemania.

⁷ Artículo tomado de la revista New Covenant de USA, noviembre de 1985.

⁸ Frankl Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Barcelona, 1981, p. 28.

Los gobiernos aliados contra Alemania hicieron propaganda de crueldades cometidas por los alemanes. Se decía que en Bélgica los alemanes habían fusilado a 5.600 civiles, que en Dinant habían asesinado a 612 hombres, mujeres y niños; y en Tamines a 400 ciudadanos. Ciertamente hubo crueldades, pero hasta los mismos soldados alemanes las achacaban a los prusianos, que eran conocidos por estas barbaridades. Lo cierto es que se estableció en algunos lugares de Francia y Bélgica una guerra de trincheras en las que los soldados sufrían lo indecible por el frío, el barro, el agua, que por las continuas lluvias, a veces les llegaba hasta las rodillas. Ni con bombas de agua se podía quitar el agua acumulada. También sufrían mucho por las ratas, los piojos, las pulgas... Y esto sin contar el malísimo mal olor de los muertos sin enterrar y los sufrimientos de los heridos, sobre todo los que quedaban en tierra de nadie, sin que se les pudiera ayudar y que iban muriendo poco a poco por sus heridas y el frío intenso.

En medio de estas calamidades para los soldados de ambos frentes, surgió una paz en la víspera de Navidad. Había estado lloviendo los días previos, pero el día 24 amaneció sin lluvia y pronto se disipó la niebla. En la noche hubo una hermosa claridad de luna y un cielo estrellado hermoso. Ese mismo día, 24 de diciembre de 1914 por la tarde, los alemanes de las trincheras empezaron a cantar canciones de Navidad. Los ingleses, que estaban en las trincheras de enfrente a unos 100 metros de distancia, no se fiaban a pesar de las luces que brillaban en el atardecer como señal de paz. Un soldado alemán comenzó a cantar en un inglés perfecto la canción *Annie Laurie*, una canción que hasta los niños ingleses conocían. Quince años después, el soldado inglés Quinton anotó: Permanecimos sorprendidos. Era como si la guerra de pronto se hubiese detenido.

Entonces algunos soldados alemanes levantaron sobre los parapetos las lámparas de petróleo, iluminándose a sí mismos, lo que en tiempo normal de guerra era exponerse a la muerte y un blanco fácil para los tiradores expertos. De pronto uno de los alemanes salta sobre el parapeto y camina hacia las trincheras enemigas y dice en voz alta: *Soy un subteniente, mi vida está en vuestras manos. He saltado de la trinchera y estoy caminando hacia vosotros. Quisiera que un oficial vuestro venga a mi encuentro.* A un sargento inglés que quería saltar e ir a encontrarse con el alemán, un Superior le ordenó secamente que no fuera. El alemán no se da por vencido, insiste en que alguien vaya a su encuentro, porque tiene algo que comunicarle y dice: *Treinta de vuestros compatriotas están muertos en esta tierra de nadie delante de nuestras trincheras. Quisiera que acordemos una tregua para enterrar a los muertos. Estoy solo y desarmado.* Cien fusiles lo están apuntado y nadie se atreve a dispararle sin la orden de su jefe. Entonces el inglés, que había querido ir a su encuentro, salta el parapeto y la alambrada y va a su encuentro. Todos estaban a la expectativa. El inglés llevaba una cámara fotográfica y sacó después algunas fotos cuando ya había un buen grupo de ingleses y alemanes reunidos en la tierra de nadie.

Cuando regresa a su trinchera, el inglés tenía un paquete de diarios alemanes y había acordado con el alemán de enterrar al otro día por la mañana a las nueve a los muertos que llevaban ya una semana sin enterrar. Y tanto unos como los otros, al otro día por la mañana, estaban sin armas y solo con picos y palas enterrando a sus respectivos muertos.

Pero estando todavía en la víspera de Navidad, los ingleses empezaron ya a cantar como si la tregua de paz hubiera comenzado. Los ingleses cantaron el himno nacional inglés, aplaudido por los alemanes y después continuaron con otra canción. Por su parte los alemanes quisieron regalarles un árbol de Navidad con las lámparas encendidas. Cuando los ingleses llevaron a su trinchera el árbol navideño encontraron un papel en el que se decía que desearían tener una tregua de paz por Navidad. Según los alemanes, era una suerte que en ese lugar no había grupos prusianos, que no hubieran aceptado de ninguna manera una tregua. Esa víspera de Navidad no hubo disparos y todo fue cantar y quedar para el otro día a enterrar a los muertos.

En la historia de las guerras nunca había sucedido algo parecido que, además, era solo el comienzo de la tregua. Esa misma noche del 24 de diciembre a la luz de la luna, que brillaba en el cielo, se intercambiaron vino, ron, cigarrillos... Incluso los alemanes, a eso de las dos y media de la mañana, cantaron la canción *Home, sweet home* y después *God save the King*. Ciertamente fue una noche extraordinaria en la historia de las guerras. Y todos pensaron en la noche Navidad de Belén y pensaron en el Niño Jesús y en su madre y san José. Y sus canciones navideñas eran a la vez una oración de paz, pensando en lo que dijeron los ángeles: *Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*.

Esa noche los alemanes cantaron el famoso villancico *Stille Nacht, heilige Nacht* (Noche de paz), que todavía no se conocía en otros países en ese tiempo. Esa misma noche, los alemanes, que habían recibido paquetes de sus familiares, los abrieron y leyeron las cartas y se sintieron un poco como en casa. Unos paquetes eran de su familia y también había paquetes oficiales enviados por el gobierno alemán. En ellos había, no solo chocolates, biscochos, dulces, carne en conserva, jamón, mermelada, sardinas, café con leche Nestlé y otros alimentos, también capotes, bufandas, calcetines, botas militares, jerseys, gorros, cerillas y muchos cigarrillos. Había pomadas para los pies, polvos contra los piojos... Al otro día los alemanes compartieron algunos de esos regalos con los ingleses. Y lo mismo pasó en otros frentes, con los franceses y belgas, que no habían recibido ningún paquete, porque los servicios de correos estaban ocupados por los alemanes.

Al día siguiente, con la experiencia de la noche de Navidad, se encontraron sin temor en la tierra de nadie para enterrar a sus muertos, pero también aprovecharon para conversar. Había muchos alemanes, que habían trabajado en Londres y conocían bien el inglés, y algunos ingleses sabían alemán. Entre los soldados ingleses había bastantes que eran hindúes, pues eran de la India y, a pesar de no ser cristianos, disfrutaron de la paz de Navidad. Todos estaban desarmados, se daban la mano y hasta señalaban los puntos donde había minas para que no fueran por esos lugares. Incluso acordaron que en caso de que les obligaran a disparar, lo hicieran al aire.

Según dice un testigo presencial en el War diary: *Los centinelas fueron los primeros en darse cuenta el día de Navidad de que había algo distinto de lo acostumbrado. No había caído ningún proyectil. Esa mañana no se sentía nada extraño. Reinaba el silencio. Ningún trueno de cañón, ningún silbido de proyectiles. Ningún silbido de granadas. Ningún disparo de un tirador experto. Ningún ratatá de ametralladora. Era algo increíble* ⁹.

Después se escucha el quiquiriquí de un galló proveniente de los alemanes. Canta una sola vez, porque le han torcido el cuello para comérselo por Navidad. De nuevo el silencio. Son las 8:20 a.m. De pronto, el silencio se rompe por la voz de un alemán que propone encontrarse a medio camino en la tierra de nadie. Los ingleses, desde sus trincheras, ven a un hombre que marcha en su dirección. O estaba completamente loco o simplemente tenía una fe increíble en el espíritu cristiano de la Navidad. Entonces un inglés salta de la trinchera y va a su encuentro. Se dan la mano como viejos amigos. Y su ejemplo hace efecto. En pocos minutos todos se saltan sus trincheras y se encuentran a medio camino, y se saludan como viejos amigos.

MERRY CHRISTMAS (FELIZ NAVIDAD)

El día de Navidad de 1914 a las ocho de la mañana a lo largo del frente occidental reinaba la tranquilidad y no solo entre ingleses y alemanes, sino también en el norte con los belgas o en el sur con los franceses. Cuando los alemanes se acercaron por la tierra de nadie a las trincheras enemigas desarmados, todos se unieron cantando y confraternizando amigablemente ¹⁰.

El soldado alemán Josef Wenzl escribió a sus padres: *Lo que os digo parece increíble, pero es la pura verdad. Al amanecer del 25 de diciembre los ingleses hicieron claras señales, salieron de sus trincheras y nuestros hombres*

⁹ Jürgs Michael, *La piccola pace nella grande guerra*, Ed. Il Saggiatore, Milán, 2005, p. 84.

¹⁰ Ib. p. 83.

encendieron el árbol de Navidad, lo colocaron sobre la tierra de nadie y comenzaron a tocar las campanas. Todo esto fuera de las trincheras y a nadie le vino en mente disparar. Eso lo vi con mis propios ojos. Era algo emocionante, en medio de las trincheras los enemigos más odiados estaban en torno al árbol de Navidad, cantando villancicos. No olvidaré nunca ese espectáculo que demuestra claramente que el ser humano puede sobrevivir aunque esté rodeado como en este caso, de muertos y asesinos. Para mí la Navidad de 1914 será inolvidable ¹¹.

Ese día 25, día de Navidad de 1914, no solo enterraron a sus muertos respectivos, sino que muchos salieron y se encontraron en la tierra de nadie para saludarse mutuamente, intercambiarse regalos y... jugar al fútbol. El fútbol en ese momento era para algunos como su religión y varios tenían balones de cuero. A falta de ellos, usaban latas viejas de conserva o algo parecido. Por supuesto que no jugaban 11 contra 11, sino muchos contra muchos. No había árbitro, ni reglas y todos tiraban el balón hacia la portería contraria. No importaba el resultado, porque en muchos casos el que metía el gol estaba en fuera de juego. No importaba más que el divertirse un rato. Y después de una hora, a pesar de ser jóvenes, estaban ya cansados, porque casi todos llevaban días sin dormir a gusto y estaban aburridos de tantos piojos y pulgas y ratas y vivir entre el barro, la lluvia y los truenos de granadas y armas bélicas.

PARTIDOS DE FÚTBOL

Un par de ingleses llevaron de sus trincheras un balón y se comenzó y partido. Era una espléndida jornada de sol, con mucho frío pero una jornada ideal para proclamar una paz general. Si hubiera sido el fin de la guerra, hubiera sido un bello final. El soldado inglés Turner sacó una foto del partido entre alemanes e ingleses en la mañana del 25 de diciembre de 1914.

Selby Grigg refirió a sus padres: *En la mañana del día de Navidad de 1914 pequeños grupos salieron fuera de las trincheras, desarmados, y un oficial alemán prometió no disparar. Cuando Turner y yo salimos fuera, encontramos unos 100 de nuestro grupo de distintas naciones. Supimos que nuestros enemigos eran sajones alemanes, no prusianos. La mayor parte tenía menos de 21 años o más de 35. Hablé con uno de ellos. Ninguno tenía un rencor especial contra Inglaterra. Todos decían que estarían felices, cuando terminara la guerra. Turner sacó algunas fotos con su cámara. Yo recibí el botón del uniforme de un*

¹¹ Ib. p. 69.

alemán, algunas municiones y una postal militar alemana sobre la que el propietario había escrito su nombre y dirección ¹².

Ernie Williams cuenta: Construimos dos porterías y dos jóvenes se colocaron en ellas y comenzamos todos a correr detrás del balón. Éramos unos 200 hombres en total. Todos se divertían corriendo tras el balón. El resultado no interesaba a ninguno. No había árbitros, incluso las botas que llevábamos nos impedían jugar bien, porque estaban llenas de barro y estaban pesadas ¹³. Había un batallón que reunía a los mejores jugadores de fútbol de Inglaterra y ellos ganaban a todos. Era el *footballers battalion*

ORACIÓN COMUN EN LOS ENTIERROS

Algo interesante es señalar que, al enterrar a los muertos, hacían un pequeño rito fúnebre juntos. Lo importante era la persona del difunto y orar por él. No importaba tanto las palabras del rito. El capellán inglés Esslemont Adams había rezado por un soldado que había sido asesinado en la mañana del día anterior por un experto tirador alemán. Al regresar del entierro, el coronel McLean vio a muchos soldados sentados sobre sacos de arena y que estaban fumando y hablando en tierra de nadie. El capellán aprovechó la oportunidad y dijo a McLean: que como no hay disparos ni intención de hacerlo, pido permiso para hacer una oración por todos los muertos. El capellán entonó el salmo 23, que era conocido, y después rezó el padrenuestro, que cada uno repitió en su lengua. Después se distribuyeron palas y picos para excavar fosas y los muertos fueron sepultados en la fosa común. Los soldados y oficiales reunidos, los ingleses a la derecha y los alemanes a la izquierda. Todos se quitaron el casco o el gorro y respondieron a la oración del capellán primero en inglés y después en alemán. Un soldado, que era estudiante de teología, tradujo para sus compañeros de armas las oraciones empezando por el salmo 23.

En otro lugar más al norte, enterraron alemanes e ingleses a dos franceses y el oficial alemán recitó la oración. Algo inesperado fue que en esos tres días que duró la tregua antes de que los cambiaran de puesto, del 14 al 26 de diciembre, los pajaritos volvieron tranquilos, porque ya no oían disparos. Edward Hulse contó 50 pajaritos y les dio de comer con su propia mano. Por otra parte, fueron muchos los casos en que se intercambiaron sus direcciones para que en caso de sobrevivir pudieran encontrarse de nuevo.

¹² Ib. p. 113.

¹³ Ib. p. 142.

MORIR COMO HERMANOS

Otro suceso de la primera guerra mundial, publicado por el Diario francés *La Craix* del 12 de septiembre de 1915. En el campo de batalla yacían gravemente heridos un soldado francés y un soldado alemán. El francés sacó con esfuerzo su crucifijo del bolsillo, lo besó y empezó a rezar el avemaría en latín. El alemán también se unió y rezó con él el avemaría (los dos serían católicos). Después el francés le tendió el crucifijo, el alemán lo besó, se dieron la mano y así unidos y rezando juntos murieron. Dos soldados enemigos en la guerra, unidos por María, muriendo como hermanos.

EN EL MONTE KALAMUA (ESPAÑA)

El requeté Salvador Leyún era uno de los voluntarios del Tercio de Lácara y con sus 19 años fue testigo presencial de la Confraternidad de un grupo de milicianos republicanos con otro grupo de requetés que estaban ambos en las trincheras a pocos metros de distancia. Él refiere: *Nuestro capitán Ureta era amigo del capitán republicano que estaba al otro lado y se apellidaba Centeno*. Los dos habían estado en la misma academia. Estando en posición en el monte de Kalamua empezaron a hablarse desde sus trincheras.

El capitán nacional le dijo a Centeno: *Qué tal si proponemos a los chicos sentarse en el parapeto. Yo respondo de que los míos no van a tirar un tiro y hacemos intercambio de periódicos*. El de los rojos aceptó y Ureta nos mandó: *Todos en el parapeto*. Ellos hicieron lo mismo. Ahora dijeron: *Salgan a mitad del camino cinco voluntarios de cada lado*. Y salieron. Se intercambiaron la prensa, echaron unos tragos de vino de una bota de unos y después de la de los otros. Aquel día nadie quiso disparar sus armas. Era el día de Nochebuena y tenían la nostalgia de su casa, de la buena cena y del turrón.

En este escenario fronterizo entre Vizcaya y Guipúzcoa se habían librado cruentos combates al comenzar la guerra civil, pero ese día, 24 de diciembre de 1936 todos parecían hermanos y amigos. Se dieron la mano y se intercambiaron los periódicos. Alguien gritó: *No disparéis*. Los combatientes de uno y otro lado levantaron sus cabezas por encima de los parapetos y se sucedieron los diálogos de trinchera a trinchera en tono amistoso. Como muestra de confianza los requetés se sentaron encima de sus defensas. Los milicianos los imitaron. Se alcanzó cierta familiaridad.

Del insólito encuentro se sacaron algunas fotografías que salieron publicadas el día 26 y en ellas se ve a un grupo de requetés del Tercio de Lácara posando en la cumbre del Kalamua y entre ellos a los milicianos que salieron

para canjear la prensa, compartir unos tragos de vino navarro y obsequiarse mutuamente con unos cigarrillos o unos puros. Constataron que las versiones sobre el avance de la guerra era muy distinta en cada bando, pero lo importante era que por unas horas se trataron como amigos y hermanos, olvidándose de la crueldad de la guerra. Dios había realizado ese milagro por la Navidad como lo había hecho en la primera guerra mundial entre ingleses y alemanes ¹⁴.

LA PAZ DE MANZANARES

Este suceso de confraternidad en la guerra civil entre enemigos declarados se dio también el 1 de junio de 1937 en un campo de fútbol donde 400 combatientes de ambos bandos, incluidos los oficiales conversaron y se saludaron intercambiando regalos. A este hecho se le llamó la paz del Manzanares, por estar cerca de Madrid.

La iniciativa había salido de tres dinamiteros que la noche anterior habían propuesto a voces un intercambio de prensa a los nacionales de las trincheras de enfrente. Un dinamitero republicano sacó un pañuelo blanco e hizo señales a los otros que contestaron de igual forma saliendo ambos al centro del referido campo de fútbol y conversando amigablemente. Y después fueron saliendo otros muchos más de ambos grupos. El capitán republicano Jesús Salas estrechó la mano de un capitán y un alférez y tuvo la gran sorpresa de darse cuenta de que el alférez había sido compañero suyo en la guarnición de Larache antes de la guerra. El capitán nacional le ofreció coñac, cerveza y puros.

Pero el teniente coronel republicano Carlos Romero acudió urgentemente al lugar y junto con otros mandos conminó a sus hombres a regresar a sus posiciones. Y lo mismo hizo un comandante nacional. El periodista Pedro Corral que escribió sobre este tema manifestó que un soldado nacional le entregó una nota a otro republicano para llevarla a su novia. En ella le decía. Hoy en este frente somos todos hermanos, bebiendo una botella de coñac con los camaradas.

Esta tregua fue especial porque en total confraternizaron 400 soldados de ambos frentes y a pesar de estar castigados por los jefes como desertión sucedieron en distintos lugares. Los soldados sencillos no entendían por qué tenían que matarse y no podían entenderse y aceptarse todos como hermanos y amigos. Podemos responder que las ideologías que combatían eran totalmente contrarias. Unos defendían la fe católica y otros rechazaban a Dios y todo lo que supusiera fe y cosas sagradas, matando en muchas ocasiones sin compasión a sacerdotes, religiosas y personas creyentes. El veneno del marxismo ateo había

¹⁴ Pueden leer el libro *Requetés* de Pablo Larraz, Ed. Esfera de los libros, 2011.

envenenado muchas mentes y los comunistas de Rusia quisieron tener a España como su aliada en su propósito de extender el comunismo por el mundo entero.

EL ÁNGEL ROJO

Así llamaron los nacionales en la guerra civil a Melchor Rodríguez, un hombre que pertenecía a la FAI (Federación-anarquista ibérica). A pesar de ser anarquista, su vida se parece mucho a la de Oscar Schindler, que pertenecía al partido nazi y salvó a 1.200 judíos por tenerlos como trabajadores en sus fábricas, donde fabricaba utensilios de cocina y municiones. Este nazi, que era católico, aprovechó su pertenencia al partido nazi y su amistad con jefes nazis para tener muchos trabajadores y poder salvarlos de la muerte segura.

Melchor Rodríguez era anarquista, pero cuando fue nombrado el 10 de noviembre de 1936 como delegado especial de las prisiones de Madrid, trató de detener las sacas de presos que llevaban a ser fusilados a Paracuellos de Jarama. Al ver que no podía cumplir con su deseo, renunció a su cargo el día 14, pero retomó su puesto el 4 de diciembre, tras las protestas del cuerpo diplomático y del presidente del tribunal Supremo. Esta vez lo hizo con plenos poderes como delegado general de prisiones, nombrado por el entonces ministro de justicia del gobierno republicano.

Consiguió detener las sacas al precio de enfrentarse con algunos dirigentes comunistas, como los de la Junta de Madrid, controlada por los comunistas José Cazorla y Santiago Carrillo. Así obtuvo que los linchamientos se detuvieran y lo mismo las sacas. Como el frente de guerra estaba muy cerca de los barrios periféricos de Madrid, trasladaron a los presos a otras prisiones como la de Alicante y Alcalá de Henares. Como sus órdenes no eran cumplidas por todos, ya que algunos seguían fusilando presos, se ocupó personalmente de escoltar los convoyes, garantizando que los presos llegaran a su destino.

Algunas personas fueron rescatadas *in extremis* de la cárcel por el propio Melchor, cuando ya habían sido condenadas a muerte por un tribunal popular. Garantizaba que él y sus colaboradores se encargarían de aplicar la sentencia, cosa que muchas veces no ocurría para salvarles la vida. En algunas ocasiones proporcionó documentos con carnets a personas perseguidas y gestionó el traslado de algunos a embajadas como la de Finlandia o Rumania para garantizar su seguridad. En ocasiones proporcionó pasaportes, salvoconductos y transporte a Francia a familias en peligro de muerte y en una ocasión acompañó personalmente a los evadidos hasta Perpiñán (Francia)

En una ocasión la aviación nacional bombardeó Alcalá de Henares. Hubo un concentración de protesta y exigieron la apertura de las celdas de los presos. Rodríguez acudió a la cárcel y arriesgó su vida, enfrentándose a la turba que quería matar a los presos. Algunos de los salvados por él fueron figuras relevantes en el gobierno de Franco, como Agustín Muñoz Grandes, Valentín Galarza, Ramón Serrano Suñer, Mariano Gómez...

En otra ocasión, denunció al comunista José Cazorla por tener cárceles privadas ilegales controladas por miembros de su partido comunista. El 1 de marzo de 1937 fue destituido de su cargo y pasó a ocuparse de la oficina responsable de los cementerios de Madrid. Volvieron los antiguos excesos, pero no las sacas masivas. A pesar de que solo estuvo en el cargo tres meses, todos los autores coinciden que pudo salvar varios miles de personas. En los últimos días de la guerra, fue nombrado alcalde de Madrid, siendo el encargado de traspasar los poderes a los nacionales, cuando se rindió Madrid el 28 de marzo de 1939.

Cuando le preguntaron por qué había hecho esos actos de humanidad, respondió: *Cuando yo me encontraba en la cárcel antes de la guerra, pedí protección a los monárquicos, a los de derechas, a los republicanos; y me consideré obligado a hacer lo mismo que había defendido cuando yo mismo estuve recluido, es decir, salvar la vida de esas personas. A menudo me arriesgué a perder la propia vida. Muchas veces, en mi propio despacho, me apuntaron al pecho con el cañón de un revólver. Cuando regresé a Madrid después de haber salvado de la muerte a 1.532 presos de Alcalá, tuve que escuchar unos tremendos insultos y amenazas de jefes importantes que hasta me llegaron a acusar de fascista. Tuve posibilidad de huir de la zona republicana, pero no la aproveché. Pensé: ¿quién se ocupará de los 12.000 presos que había en las cinco cárceles de Madrid y de las 28 personas escondidas en mi casa y de muchas, muchas más? Solamente yo podía hacer esto. Ninguno de los rojos me prestó ayuda. Estaba solo en este asunto.*

Finalizada la guerra, fue detenido, pero fue absuelto y cumplió solamente cuatro años de cárcel. Algunos de los por él salvados ,como el general Agustín Muñoz Grandes, dio buen testimonio a su favor. Siguió siendo miembro de la CNT. En 1947 fue detenido y condenado a un año y medio de prisión por introducir propaganda en la prisión de Alcalá. Murió en 1972. A su funeral acudieron personas de ideologías enfrentadas: anarquistas y falangistas. Fue enterrado en el cementerio de San Justo. Fue un hombre humano, que había dicho en varias ocasiones: *Uno puede morir por sus ideas, pero nunca matar por ellas.*

DESMOND DOSS

Era un joven de 24 años en 1943. Se presentó voluntario al ejército norteamericano, pero era objetor de conciencia. Por su religión adventista del séptimo día, decidió no matar a nadie y no llevar ni siquiera fusil. Lo incluyeron en el Cuerpo médico de la 77 División de infantería destinada a Okinawa, en Japón.

Un batallón fue enviado a tomar una posición japonesa sobre un acantilado de 150 metros. Tras escalar aquella pared, se encontraron con que los japoneses les estaban esperando con un fuego cruzado. Los marines caían a decenas y Doss, que veía a sus compañeros acribillados, se lanzó a rescatar a todo el que podía mientras que la mayoría se refugiaba en los rincones más recónditos, que eran mínimos.

Doss sacó de aquel infierno a *75 soldados bajo el tiroteo japonés* y los fue llevando hasta el borde del acantilado desde donde serían bajados con cuerdas. Iba solo por lo que cada viaje que hacía entre la lluvia de acero, traía a un compañero. Unas veces traía a cuatro, luego a otros cinco, y así sucesivamente. Durante varios días continuó atendiendo a los heridos menospreciando el peligro que le rodeaba, hasta que el 21 de mayo, cerca de Shuri, fue alcanzado en las piernas por la metralla de una granada y estuvo cinco horas esperando a que le encontraran.

Cuando estaba a punto de ser evacuado en una camilla, Doss vio a otro soldado que estaba peor que él y dejó la camilla para que la ocupase su compañero. Entonces, recibió un disparo en un brazo que le fracturó un hueso. Sin poder ponerse en pie, herido en un brazo y sin que nadie pudiese ayudarlo, cogió un fusil pero fue para entablillarse el brazo y lograr llegar hasta el hospital de campaña.

Lo que antes habían sido burlas se convirtieron en respeto y luego en leyenda. *Él dice que salvó a 50 compañeros*, pero el Ejército asegura que fueron cien. Luego llegaron las medallas y los honores. No fue solo la Medalla de Honor del Congreso, sino que pusieron su nombre a rutas, plazas, centros médicos...

Doss volvió de la guerra con tuberculosis y perdió un pulmón. Se quedó sordo por una sobredosis accidental de antibióticos y murió el 23 de marzo de 2006 a los 87 años de edad.

Al igual que Doss los capellanes católicos de las guerras van sin fusil con la idea de atender a los heridos y salvar sus almas. Ellos no van a matar cuerpos, sino a salvar almas, exponiendo su vida. Y lo grande y hermoso es que ellos no

solo atienden a los soldados de su patria o de su religión, sino a todos sin excepción, porque todos somos hermanos e hijos del mismo padre Dios.

VIVA CRISTO REY

Una de las cosas más llamativas y reales que es como línea conductora de la persecución religiosa en España durante la guerra civil de 1936-1939 fue el hecho de que no hay ninguna documentación fidedigna de casos de apostasía. Y por otra parte que todos los asesinados murieron perdonando a sus enemigos y la mayoría gritando *Viva Cristo Rey*, como si este fuera el grito de guerra de los perseguidos ante la violencia y blasfemias de sus enemigos.

Un caso concreto fue el de los monjes benedictinos del monasterio del Pueyo, que murieron mártires en la madrugada del 28 de agosto de 1936. Fueron en total 15, aunque tres lo hicieron en otra fecha. Las blasfemias de los milicianos nada pudieron contra los vivos y las alabanzas de los monjes, como lo han testificado muchos vecinos de Barbastro, ni tampoco los terribles culatazos de fusil que comenzaron a propinarles y que llegaron a romper los dientes de algunos y a herirles duramente en la cabeza. Ellos gritaban: *Viva Cristo Rey, Viva la Virgen del Pueyo*.

También murieron 13 escolapios y 41 claretianos, perdonando y gritando: *Viva Cristo Rey*, lo que no deja de ser admirable en tantos y tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos españoles, que dieron su vida por amor a Dios y a su patria sin odio ni violencia.

PADRE FERNANDO DE HUIDOBRO

También es admirable el caso del padre Fernando de Huidobro, que como capellán de la Legión, fue un ejemplo de vida. Al igual que otros capellanes, su trabajo era consolar a unos y a otros, hablarles de Dios, asistir a los presos que iban a ajusticiar y atender a los soldados, concretamente de la cuarta Bandera de la legión, donde estaba destinado. Procuraba ayudarles en todo lo que podía. Todo lo que le regalaban lo entregaba a quien veía más necesitado, fuera un capote, una manta o algún utensilio útil.

Normalmente celebraba la misa todos los días y llevaba en su pecho una cajita con Jesús Eucaristía y atendía especialmente a los heridos y moribundos, administrándoles la santa unción, confesándolos y aconsejándoles que besaran el crucifijo que siempre tenía al pecho. Y esto no solo lo hacía con los soldados nacionales. Si veía caído y herido a algún soldado rojo, igualmente iba a

atenderlo, aconsejándole confesarse o al menos dándoles la absolución antes de morir y dándoles a besar su crucifijo. Y conseguía que muchos de estos soldados de izquierda se confesaran y se arrepintieran en los últimos momentos.

Por eso no aceptaba que mataran a los prisioneros rojos sin juicio previo y llegó al punto de denunciar esta práctica en algunos legionarios al Alto Mando, consiguiendo así la salvación de algunos de estos soldados que, de otro modo, hubieran sido ejecutados sin compasión.

Entre sus escritos al Alto Mando, uno se tituló: *Sobre la aplicación de la pena de muerte en las actuales circunstancias* y el otro *Normas de conciencia*. En ellos escribía: *Mientras se desarrolla el combate, se puede matar al enemigo, dado que la guerra sea justa, pero una vez depuestas las armas, no se puede fusilar a nadie sin antes juzgarlo. ¿Cuántos prisioneros rojos pudo salvar así con sus palabras y, sobre todo, con su presencia? Solo Dios lo sabe.*

Cuando había combate, él estaba en primera línea para atender mejor a los heridos. Era heroico en su proceder, mortificado en su persona, sacrificado en su servicio. Y Dios lo protegía en sus acciones, porque hubo muchas ocasiones en que salvó su vida por milagro de Dios hasta el día en que Dios decidió llevárselo para aceptar el ofrecimiento que había hecho de su vida.

Cuando había muchos heridos, él mismo hacía de camillero. Nunca quiso llevar pistola como le aconsejaron. Él decía: *Yo he venido, a no a matar, sino a salvar almas*. Un día vio un herido que estaba en un lugar sin que nadie se decidiera a recogerle por ser un lugar muy batido por los proyectiles. Él, arrastrándose por el suelo, llegó, lo cargó sobre sus hombros y tras una marcha penosísima lo condujo al botiquín de urgencia y allí lo auxilió ¹⁵.

Otro día, después de tomar un pueblo, sentenciaron a muerte a un rojo que había cometido asesinatos. El padre Huidobro acudió a él y lo animó a confesarse. Después de fusilarlo, se quedó un rato con él y un oficial, rezando por el muerto. Pasó por allí un falangista y, al ver su cadáver, empezó a mofarse de él y le dio una patada. El padre no se pudo contener y le gritó: *El frente está a diez kilómetros. Si quieres insultar y pegar a los rojos, te vas al frente*. El oficial le dice: *Siento que me lo haya quitado usted, porque iba yo a cruzarle la cara*.

Otro día, en el avance rápido de Talavera a Madrid en un asalto trincheras enemigas, quedó un rojo completamente al descubierto. El capellán lo vio y les gritó a los legionarios que no disparasen. Dio un salto y se abrazó al espantado muchacho, que no comprendía quién podía abrazarle en aquel sitio de muerte.

¹⁵ Francisco Peiró, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa calpe, Madrid, 1951, p. 217.

Los soldados tuvieron tiempo apenas para bajar los fusiles. No se olvidará fácilmente este muchacho, mientras le dure la vida, de aquel abrazo de un capellán que le salvó la vida de morir en una trinchera roja ¹⁶.

Escribió: También he predicado a los rojos. Ayer vinieron a verme unos legionarios para pedirme que hablase desde las avanzadas con los rojos, pues ellos lo hacen también, pero se veían inferiores a alguno de los adversarios. Por cierto, me avisaron que no me asustase, porque me mentarían a la madre, etc., etc.

Como los legionarios encuentran de todo, a media tarde pedí un altavoz, y a esas horas teníamos uno muy bueno. Fui por los parapetos a las nueve y media de la noche. Pero precisamente a esa hora se armó un tiroteo y cañoneo, que era una broma querer hablar.

Volví al Salón grande donde está la Plana Mayor; y después de cenar nos fuimos a los últimos pisos del Hospital clínico varios oficiales, entre ellos el capitán, Jefe accidental de la Bandera, y yo.

Corrimos sigilosamente a uno de los pisos altos del Hospital, y en una esquina, sobre nuestros parapetos, apoyando la bocina en el agujero que había hecho un cañonazo, o sacándola por una ventana, llamé a los rojos, les pedí atención, me dijeron muy corteses que me escuchaban y que podía hablar.

Así empecé: ¡Atención, atención! ¡Soldados del Frente de Madrid! Callen ahora un momento los fusiles y hablen las razones. Si es de hombres empuñar las armas, cuando las cosas llegan al último extremo, más es de hombres hablar y entenderse con razones.

Espanoles! ¡Hermanos! Se os dice que defendemos el capitalismo. ¡Obreros! Para defender los abusos de los ricos, no daríamos nosotros ni una gota de sangre; no defendemos el capitalismo. Queremos pan para todos. Obligar al capital a que corra y haga trabajar. Llegaremos a donde sea. Ni esclavos, ni traidores.

Reforma honda, eficaz; un Estado fuerte que la lleve a cabo sin contemplaciones. Es doctrina social, somos cristianos. Qué pensó Jesucristo de la cuestión social.

¹⁶ Ib. p. 224.

El nuevo Estado, establecido del lado de acá de las trincheras: ni un paso atrás en las conquistas obreras: Jornada de ocho horas. Trabajo. Sin huelgas. Jornal familiar. Coacción sobre el capital; una coacción que ya es efectiva.

¡Entregaos! A mí personalmente se me han entregado siete: tres soldados en Quismondo, dos guardias en Valdemoro, dos milicianos en Villamantillas.

Ninguno fue fusilado. Hay prohibición de hacerlo.

Vosotros decís: “Matad a vuestros Jefes”.

Nosotros os decimos: “Dejadles y venid”.

Y estuve un gran rato hablándoles 'muy adentro', según me decía luego un Cabo de la Legión, de lo que nos une y de lo que nos separa, de la cuestión obrera, de la libertad que queremos para nuestra Religión, del honor de las mujeres, contra el amor libre.

Grande espacio oyeron muy atentos. Luego se cansaron, o se alarmó un jefecillo del efecto que producía, y quiso hablar y me pidió que me callase. Lo hice así, y respondió con sus tópicos de la tiranía del capital y opresión de los obreros. Un botarate que habló también, decía, entre otras sandeces: 'Pero, ¿qué entendéis vosotros de ideologías? Nosotros defendemos una causa razonable. Nosotros defendemos la tiranía que existe entre el capital y el trabajo (sic).

Con estas y otras fue bajando poco a poco el tono; se cruzaron insultos y nos dispararon varios tiros que dieron muy lejos, pues no acertaban a localizarnos.

Después habló un capitán nuestro en tono de broma, y otro cantó por el altavoz unas malagueñas. Con eso han podido convencerse del ánimo y alegría que reina en nuestras filas, y al mismo tiempo han oído algo bueno.

Me escuchaban en tanto silencio, que los oficiales, cuando llevaba yo un rato hablando, comenzaron a dudar de si me oirían; y así hube de preguntar: “¿Me oís...?”.

Y en el silencio de la noche se oyó una voz clara, muy cercana, casi al lado de nosotros, que decía: “Sí. Sigue hablando, que te escuchamos”.

Tan cerca era, que dijo un oficial: “Debe de ser un legionario”.

Yo volví a preguntar: “¿Quién eres tú?”.

Y la misma voz: “Un soldado del frente de Madrid, del otro lado de las trincheras. ¡Qué sentimientos de caridad hacia los enemigos, cuando enfrente de las trincheras que corren pegadas Madrid, a la claridad de una clarísima luna, se podía dialogar con ellos!”.

Luego de haber inaugurado así sus charlas a los marxistas varias noches les siguió hablando por la bocina del gramófono desde aquel mismo sitio, en el piso alto del Clínico... Ya desde bastantes semanas antes, la proximidad de los frentes había dado lugar a diálogos entre ambos campos. Al principio, los rojos empleaban un lenguaje procaz, plagado de insultos; y, es claro, los legionarios se ponían a tono para responderles. Cuando el Padre comenzó, los rojos destacaron para estas intervenciones a sus mejores oradores, con el fin de quebrar la moral de los nacionales. Pero el capellán, aunque en las primeras veces tuvo que aguantar algunas demostraciones nada correctas, pero, al fin, logró imponerse de tal manera que aun los contrarios le escuchaban con el mayor silencio y respeto; les gustaban estas charlas. Hasta llegaron alguna vez, desde las líneas rojas, a llamar a uno de los centinelas para pedirle que volviera a hablar aquel oficial que les había dirigido la palabra en la noche anterior, pues les había agradado mucho. Era esto natural, pues el Padre no les hablaba de odios, sino que solamente proclamaba la caridad y el amor.

A él solían escucharle atentos; en cambio, en otras ocasiones, en que se ponía a decirles algo cualquier otro soldado, se armaba enorme confusión de gritos e insultos.

El comandante Canós atribuye a estas charlas el que muchos, convencidos por la palabra del Padre, se fueron pasando, en aquel tiempo, de las filas rojas a las nuestras ¹⁷.

El general Vierna refiere: Al entrar la cuarta Bandera, en el pueblo de Cazalegas de Toledo, fui testigo de una acción del capellán. En una calle del pueblo, en el suelo, yacía herido grave un enemigo con el vientre destrozado por una bomba de mano. El padre Huidobro de rodillas sostenía con el brazo la cabeza del moribundo y le hablaba. El herido tenía en sus manos el crucifijo del padre y su mirada era un poema de gratitud ¹⁸.

Él mismo manifestó: Antes de sus actuaciones en la Bandera, la indiferencia religiosa o algo peor era la tónica de la legión, pero después de la acción de nuestro capellán el cambio fue muy grande y notorio como se refleja en el hecho de que era frecuente ver largas colas de legionarios que aguardaban turno para confesarse y que después se relevaban para recibir la comunión ¹⁹.

¹⁷ Valdés Rafael, *Fernando Huidobro, intelectual y héroe*, Madrid, 1966, pp. 460-462.

¹⁸ Ib. en el prólogo.

¹⁹ Francisco Peiró, *Fernando de Huidobro, jesuita y legionario*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1958, p. 215.

Y lo más grande fue el hecho bien documentado de que había ofrecido al Señor su propia vida por la salvación eterna de sus legionarios. A él pueden aplicarse las palabras del poeta: De los que mueren, dándonos ejemplo, las tumbas, no son tumbas, son un templo.

En carta al padre Gómez Acebo le dice: *Mientras yo estaba bien cuidado en la cama (había sido herido en la pierna) iban llegando noticias de bajas entre los legionarios, de este y de aquel por quienes yo por su salvación eterna tenía ofrecida a Dios mi vida* ²⁰. A su hermano Ignacio le escribe: *Estoy con un presentimiento de que la próxima herida será mortal* ²¹. En otra carta a sor Purificación Palanca le dice: *Yo tengo el presentimiento de que he de morir en esta guerra* ²².

El 11 de abril de 1937 murió, cuando un proyectil de artillería hizo explosión en el interior del puesto de socorro donde se encontraba, atendiendo a los heridos. Fue enterrado en el cementerio de Boadilla . El 6 de noviembre de 1943 sus restos fueron trasladados al cementerio del noviciado de los jesuitas de Aranjuez. El 8 de enero de 2021 se reanudó su Causa de beatificación. Y esperamos que pronto tengamos un santo, al que puedan nombrar como patrón de la legión. Dios aceptó el ofrecimiento de su vida por sus legionarios y manifestó su agrado, llevándose a los 34 años, cuando tenía humanamente hablando, un gran porvenir ya que era doctor en filosofía y había demostrado a lo largo de sus años de estudios que era una mente brillante, teniendo siempre el primer puesto entre todos sus compañeros.

PADRE JOSÉ CABALLERO

Nos dice el padre José Caballero: *Había varios cadáveres rojos entre las dos líneas y nos preparamos para ir por la noche a enterrarlos. Son también hermanos. Antes de amanecer vamos a enterrarlos. Llevamos caretas antiguas pues aunque hace frío ya empiezan a descomponerse. Según su documentación casi todos son ingleses. Son unos veinte, en todas las posturas, algunos muy destrozados. Hacemos algo más profundo el hoyo de riego de los olivos para luego dejarlos allí, cubiertos de tierra. Recogemos documentación y demás papeles.*

Veo una escena desagradable. Uno trata de arrastrar el primer cadáver con el pico. No lo consiento. Pido un voluntario y lo cogemos con respeto en

²⁰ Ib. p. 236

²¹ Ib. p. 237.

²² Ib. p. 242.

silencio. Me imitan los demás. Al acabar les invitó a rezar un padrenuestro por ellos y por nosotros ²³.

KIM PHUC

El 8 de junio de 1972 Kim era una niña de nueve años y estaba jugando con sus amiguitos en su aldea de Trang Bang en Vietnam. Los aviones norteamericanos lanzaron bombas napalm, que son incendiarias. Nos dice Kim: *Llevábamos tres días refugiados en un templo y de pronto oímos venir los aviones y echamos a correr. Vi caer cuatro bombas. De pronto había fuego por todas partes, también en mi piel.*

Su ropa ardió por completo, dejando su cuerpo desnudo. En la fotografía que se hizo famosa en todo el mundo se le ve corriendo desesperada por el calor de las quemaduras. La fotografía fue del fotógrafo Nick Ut y ganó el premio Pulitzer, ya que ayudó a comprender los horrores de la guerra de Vietnam. El fotógrafo la ayudó a salir de la zona, la colocó en un vehículo y la acompañó hasta el hospital. La pequeña Kim aguantó hasta ser atendida en el hospital más cercano de Cu Chi y durante 14 meses sufrió una rehabilitación dolorosa debido al tercer grado de sus quemaduras. Sufrió quemaduras en el 65% de su piel y necesitó el 35% de injertos. Ese mismo día dos de sus primos, de seis meses y tres años, murieron abrasados. Y lo mismo ocurrió con algunos soldados que, al no poder arder sus uniformes, quedaron quemados por dentro. Los médicos que la atendieron no tenían esperanza de que pudiera salvarse. Había perdido gran parte de sus defensas y los procesos de rehidratación contra los efectos del napalm eran lentos y clínicamente difíciles.

Ella recuerda: *El tratamiento que me hicieron, aunque yo no era consciente de lo que hacían, fue muy duro. Durante casi seis meses estuve tumbada boca abajo, no podía comer ni ingerir nada por las quemaduras en labios y boca. Viví con transfusiones de sangre, suero y goteo. Para aliviar el dolor corporal, además de calmantes, limpiaban permanentemente mi cuerpo con agua fresca, chorros de agua, aliviándome como nadie puede imaginarse.*

Las neuralgias que solía tener se iniciaban en el cuello y continuaban hacia la cabeza. Actualmente, mi piel no es natural y por tanto carece de poros. Por eso, he tenido muchos contratiempos para estudiar y para trabajar. Al empezar a estudiar medicina mi salud se quebró del todo y tuve que abandonar las clases, a pesar de ser uno de los sueños de mi vida. En este trance pude conocer al periodista alemán Pery Kzet. Me propuso llevarme al Centro de

²³ Caballero José, *Diario de campaña de un capellán legionario*, Ed. Almuzara, 2019, pp. 145-146.

curación de quemaduras de Alemania, a 300 kilómetros de Bonn, corriendo él con todos los gastos.

En ese Centro fui operada varias veces desde mi ingreso en julio de 1984. Allí lograron que mis brazos recuperaran casi el 95% de la flexibilidad natural. El gobierno vietnamita me concedió permiso para salir del país y reanudar mis estudios en Cuba. Allí conocí a mi futuro esposo, que también estudiaba en Cuba. En el verano de 1992 nos casamos y en la luna de miel fuimos a Moscú. El barco que nos trasladaba hizo una parada de reaprovisionamiento de combustible en Gander, Canadá, pedimos asilo político y se nos concedió. Yo quería ser libre, pues en Vietnam fui sometida durante años al férreo control del régimen comunista.

Anota: Yo vivía sufriendo, odiaba la vida, odiaba a la gente normal, odiaba a quienes me habían hecho daño. Pero a mis 19 años encontré un Nuevo Testamento, uno de los pocos no confiscados por el gobierno comunista y la curiosidad me llevó a leerlo. Acudí a una iglesia cristiana. En un culto en Navidad de 1982 tras escuchar el mensaje de perdón y salvación que ofrece Jesucristo, me entregué a él, llorando. Cuando mi familia supo que me había convertido en cristiana, me expulsaron de su casa. Pero las palabras de Jesús cambiaron mi vida. No soy una persona muy religiosa pero tengo una relación muy íntima con Dios. Le hablo mucho. Cuando me duelen las heridas, oro. Y cuanto más lo hago, más paz encuentro. Me ha ayudado a amar y perdonar. El napalm es lo peor que se puede imaginar. Es quemarte con gasolina por debajo de la piel. Me desmayaba cada vez que las enfermeras me metían en la tina y cortaban la piel muerta. Mi recuperación no fue fácil. Tenía lástima de mí misma. Quería ponerme camisetas de manga corta y no podía. Miraba mis brazos y me preguntaba ¿por qué a mí? Llegué a pensar que no tendría novio ni me casaría ni tendría un bebé.

Actualmente, ella y su esposo son vietnamitas nacionalizados canadienses. En 1997 Kim fue nombrada embajadora de buena voluntad para la organización educativa, científica y cultural de las Naciones Unidas. Ese año había instituido la Fundación Kim Phuc en Chicago para ayudar a las víctimas inocentes de la guerra. Ella es defensora de la paz y un símbolo vivo de los sufrimientos infligidos a víctimas inocentes de las guerras. Su imagen corriendo quemada por las bombas de napalm, conmovió al mundo y contribuyó a crear conciencia internacional de los horrores de la guerra.

Desde entonces, ella es portadora de un mensaje de perdón, reconciliación y tolerancia. Ella perdonó públicamente a los promotores del bombardeo con napalm, responsables de tantos sufrimientos. Su Fundación se ocupa de niños y

víctimas inocentes de las guerras, ayudándoles con tratamiento médico y psicológico para que puedan superar sus traumas.

El 11 de noviembre de 1996 participó en el *Memorial* de Veteranos de Vietnam en Washington. Uno de los asistentes al acto fue John Plummer que 24 años antes había participado en el bombardeo de Trang Bang, el pueblo de Kim, con las bombas de napalm. Durante esos años Plummer había sufrido una culpabilidad, que le había llevado al alcoholismo y al fracaso matrimonial. Finalmente su historia terminó con un encuentro a los pies de Jesús, que le dio una nueva vida. Pero el recuerdo del bombardeo y la foto seguía produciéndole un gran dolor. Ese día escuchó a Kim decir: *He sufrido muchos dolores físicos y psicológicos. A veces pensaba que no podría sobrevivir, pero Dios me salvó y me ha dado fe y esperanza.*

Al salir de la reunión Kim y Plummer se encontraron. Ella le extendió los brazos y Plummer se abrazó a ella, llorando, sin decir otra cosa que: *Lo siento, lo siento.* Ella respondió: *Todo está perdonado, perdono, perdono.* Los dos eran salvados y reconciliados por el amor de Jesucristo. ¡Qué hermoso poder ver en la realidad a dos supuestos enemigos, unidos por la fe y el amor de Jesús!

Ella manifestó en una entrevista: *Ahora vivo en el presente con una familia maravillosa, con mi esposo y mis dos hijos.* De mi etapa en Cuba tengo muchos buenos recuerdos. Mucha gente me ayudó como mi familia adoptiva, mami Nuria y papi Manolo. Ellos me querían mucho y pude aprender español. Quiero mucho a Cuba, la gente es muy amable y amistosa. Allí me casé con mi esposo y tengo muy buenos recuerdos. Algún día deseo llevar a mis hijos a Cuba para que conozcan a mi familia adoptiva y a mis amigos. Mis hijos hablan ya un poco de español, porque yo les enseño cada día una palabra nueva.

Mi vida ahora está centrada en promover la paz y la reconciliación en el mundo para que no haya más guerras, para que los niños puedan vivir felices. Y haya paz y amor entre todos los hombres y se sientan como hermanos, hijos del mismo Padre espiritual ²⁴.

REFLEXIÓN

Después de los ejemplos anteriores, podemos llegar a la conclusión que, odiar a alguien/aunque sea un enemigo que nos ha hecho mucho daño es un desastre personal, porque el odio y el resentimiento nos mata la vida por dentro, nos quita la paz y la alegría de vivir y nos arruina el futuro, deseando vengarnos.

²⁴ Pueden leer el libro de Kim Phuc, *Il fuoco addosso. La bambina della fotografia racconta*, Ed. Scipsi, 2019.

Si se trata de una guerra, es triste que haya autoridades y jefes militares que inculcan el odio en los soldados. Dicen que para que sean valientes frente al enemigo, pero hacen de ellos crueles, les hacen odiar y hacer actos de venganza de los que se arrepentirán más tarde o por lo menos tendrán que dar cuenta a Dios de sus actos. El amor sana y alegra la vida, pero el odio y el rencor nos destruyen y nos amargan la existencia. El odio es un veneno que nos produce enfermedades físicas o psíquicas. No hay ningún rencoroso sano, se ha dicho siempre.

Por supuesto que muchas veces puede ser difícil perdonar a los que nos han ofendido a nosotros o a nuestra familia o a nuestro país, pero Dios nos pide que perdonemos para poder tener paz. Si nos resulta imposible perdonar, pidamos ayuda a Dios. Jesús nos dice: *Sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5). También nos dice que tenemos que perdonar hasta setenta veces siete, es decir, siempre (Mt 18,22). *Si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras ofensas* (Mt 6,15). ¿Con qué cara vamos a poder dirigirnos a Dios y decirle: Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, si es mentira? (padrenuestro). Además, es importante anotar lo que dice Jesús: *Lo que hicieréis a estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hacéis* (Mt 25,40). Jesús nos dice claramente y sin dudar: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen* (Mt 5,44). No solo nos pide perdonar, sino también orar por los enemigos y amarlos. Esto es muy difícil y para ello necesitamos la ayuda y el poder de Dios, pero es posible, como nos dice el mismo Dios por medio de San Pablo: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece* (Fil 4,13).

Si nosotros perdonamos, estamos dando un paso al frente de nuestro enemigo y puede ser el comienzo de su arrepentimiento. Muchos criminales se han arrepentido de su mala vida antes de morir. Muchos soldados, que cometieron violaciones, robos y crueldades con los inocentes del país invadido, se arrepintieron, estando en la cárcel o cuando estaban para morir, sea en la misma guerra o en su casa. Demos ese paso, perdonando como lo han hecho millares de mártires cristianos a lo largo de la historia. Dios nos bendecirá mucho más de lo que podemos pedir o imaginar.

DOS CASOS REALES

Dice Bill Wild: *Vivía en la sección judía de Varsovia, con mi esposa, nuestras dos hijas y nuestros tres hijitos. Cuando los alemanes llegaron a nuestra calle, pusieron a todos en fila contra la pared y abrieron fuego con las ametralladoras. Les supliqué que me permitieran morir con mi familia; pero,*

como yo hablaba alemán, me pusieron en un grupo de trabajo... En ese momento, tenía que decidir si odiar o no a los soldados que habían hecho eso. Yo era abogado y, en el ejercicio de mi profesión, había visto con demasiada frecuencia lo que el odio podía hacer a la mente y al cuerpo de la gente. El odio acababa de matar a las seis personas más importantes del mundo para mí. Por eso decidí entonces, que pasaría el resto de mi vida, sin importar si eran pocos días o muchos años, amando a cada persona que tuviera contacto conmigo ²⁵.

- Simón Wiesenthal estaba en un campo de concentración y un día se le acercó una enfermera y lo llevó delante de un oficial joven de la SS. que estaba muy grave. El oficial le dijo que le pesaba el crimen que los soldados a su mando habían hecho al quemar y matar a 300 judíos, y añadió: *Sé que es terrible; pero, mientras espero la muerte, siento la urgencia de hablar con un judío sobre esto y pedirle perdón de todo corazón.* Wiesenthal dice: *De pronto lo comprendí sin decirle una palabra. Había comprendido que perdonar significaba tomar la decisión de renunciar al odio y a la venganza* ²⁶.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los casos reales que hemos presentado, podemos dar gracias a Dios por estas personas que han sido valientes para oponerse a sus jefes, que les pedían matar a los enemigos sin juicio previo. Ciertamente que se puede matar en una guerra justa, porque podemos defendernos de aquellos que nos quieren quitar la fe o imponer sus ideas sin compasión, pero siempre, incluso en la guerra, debemos ser humanos y tratar a los enemigos con humanidad, respeto y compasión, especialmente a los prisioneros.

Cualquier exceso en el trato a los enemigos, especialmente matarlos sin un justo juicio previo, va contra la bondad y nos hace crueles con el adversario considerado enemigo. Y Dios en este caso nos pedirá cuentas algún día de nuestra crueldad. En cambio ¡qué hermoso es saber que, aun en el caso en que asesinen a muchos inocentes injustamente como hicieron con Jesús, mueren sin odio, perdonando a los enemigos!

Miles de mártires fueron a la muerte cantando o gritando *Viva Cristo Rey*. Ellos sabían que la muerte no es el final, sino el principio de una nueva vida. Una vida eterna con Dios y que Dios los premiará por haber dado su vida por su amor. Esto es algo que los ateos o los asesinos de cualquier grupo o religión no pueden entender y, por eso, muchos de ellos, cuando son juzgados y condenados a

²⁵ Linn Matthew y Dennis, *Sanando la herida más profunda*, Ed. Minuto de Dios, Bogotá, p. 113.

²⁶ Wiesenthal Simon, *The sunflower on the possibilities and limits of forgiveness*, New York, 1996, p. 95.

